

EL SER

marcus sidereo

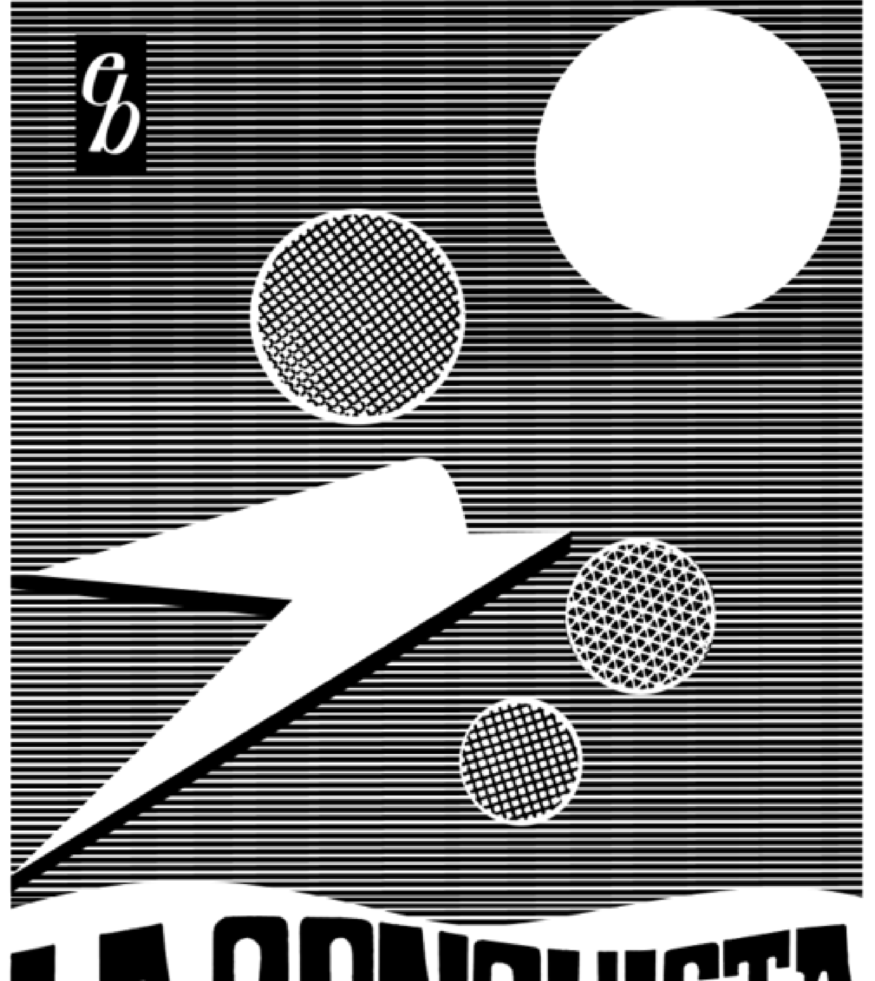
CIENCIA FICCION



EL SER

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

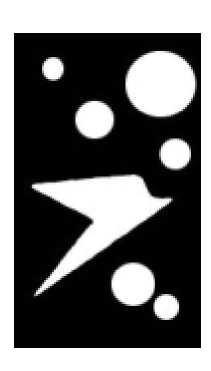
1. — ¡Salvemos la Tierra! - *A. Thorkent*
2. — Vagabundos del espacio - *Adam Surray*
3. — La noche de los tiempos - *Ralph Barby*
4. — ¡Destruid la ciudad 22! - *Ray Lester*
5. — Orbita mortal - *Glenn Parrish*

1.

MARCUS SIDEREO

EL SER

ColecciónLA CONQUISTA DEL ESPACIO n. 311 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 22.358 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: julio, 1976

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1976

Primera Parte

CAPITULO PRIMERO

Cuando mis ojos se abren y veo ante mí él maravilloso Universo, me pongo a pensar. Y esta sensación absolutamente nueva, me lleva a experimentar algo que hasta hace muy poco era totalmente desconocido para mí.

Pensar. Tener ideas propias. Decidir mi propio futuro. Tener absoluta y total libertad. Sí. Es realmente indescriptible.

Ahora poseo inteligencia y poder de decisión. Puedo hacer lo que quiero. Soy libre… Libre…

Me veo a mí mismo en mi largo cautiverio, como un autómata gobernado por el cerebro supremo. Un ente sin vida propia, accionado por una voluntad suprema. Un ser perfecto, dentro del mecanismo establecido, pero sin posibilidad de autodeterminación.

Ahora, en cambio, todo es distinto, diferente. Y hermoso. Profundamente hermoso. Como esa vida que nos rodea.

Puedo admirar las pequeñas aves, escuchar sus trinos, apreciar su música, oler la fragancia de las flores, discernir los colores por mí mismo. Acariciar a los animales, pasear a mi libre albedrío, alimentarme de las sustancias naturales que tengo a mi alcance. Puedo… Puedo… PUEDO…

Y todo gracias al SER.

El me dio la vida, y a Él me debo. El SER.

* * *

—Te llamarás Carmon, hijo del Ser —dijo la voz en el gran Templo de las antiguas máquinas parlantes—. Decidirás por ti mismo y ayudarás a tus semejantes a construir un habitáculo digno. Todo es nuevo, a partir de este momento. El mundo al que tú habías permanecido quedó destruido hace muchos siglos. Los entes que lo habitaban no supieron comprender ni respetar lo hermoso de la naturaleza que les rodeaba. Se tornaron egoístas, inhumanos. Se

hicieron despreciables a sí mismos, por su desmesurado afán de poseer unas riquezas efímeras. Se degradaron y perecieron.

Carmon escuchaba atento la voz del SER, que prosiguió:

—Ellos eran perecederos. Tú no. Los de tu raza seréis eternos. Pero vigila bien, Carmon. Tiempo vendrá en que otros entes de tu especie sean tentados nuevamente por el egoísmo, por la avaricia. Lucha contra éstos. Convénceles. Explica lo que el tiempo te hará aprender. Hay libros escritos, Que comprenderás perfectamente porque tu inteligencia es suprema. Estás hecho a mi entera imagen, porque yo te he dado la vida. Nada estará oculto para ti. Usa de ésta, tu inteligencia, para enseñar a las generaciones venideras.

—Lo haré —prometió Carmon.

—Si hacéis buen uso de esa libertad, seguiréis siendo eternos. De lo contrario, volveréis a vuestro estado de autómatas.

* * *

Carmon había salido del gran Templo y alejóse por la explanada exuberante, sintiendo, sobre su recién estrenado cuerpo, el calor del sol, percibiendo los olores y pensando en lo maravillosa que era la vida. La auténtica vida.

En el poblado de Antiques, viejas ruinas de lo que otrora fuera un núcleo floreciente, halló, en estado inconsciente, las antiguas *máquinas pasivas.*

Observó sus cuerpos arrugados, similares a lo que había sido el suyo antes de caer en el largo letargo en el que el SER les sumió a todos.

— ¡Despertad! Ahora empieza la vida —dijo, simplemente Carmon, con su voz bien timbrada.

Las formas arrugadas comenzaron a cobrar vida. Sus cuerpos se alisaron lentamente, hasta recobrar un aspecto terso y hermoso.

Lo que otrora fueran *máquinas pasivas* se convirtieron en hermosas féminas despertando de un sueño amorfo.

La alegría del retorno a la vida se convirtió en un estallido de exclamaciones, que Carmon cortó:

—Es el SER quien os proporciona la nueva inteligencia. Debemos saber aprovecharla, siguiendo sus cauces naturales.

Las hermosas hembras rodearon al apuesto Carmon y preguntaron, casi a corro, qué era lo que debían hacer.

—Presentaros al gran Templo y que el Ser os vea —les dijo él.

Las féminas obedecieron y corrieron en tropel hacia el lugar donde en otro tiempo estuvieron almacenados ellos mismos, en su estado de autómatas.

El Ser habló de nuevo aconsejando a todos que fueran a los poblados perdidos en el inmenso habitáculo.

—Despertad a los aletargados. Invitadles a la vida. Os están esperando —dijo la voz.

En el largo peregrinaje a través de verdes campos donde se respiraba una atmósfera que ningún ser viviente había conocido jamás, no notaron el cansancio ni la fatiga, y podían saciar su sed en los cristalinos arroyos, en las fuentes que aparecían por doquier. Restauraban sus estómagos con la ingestión de frutos de un sabor indescriptible. Y eran felices.

* * *

Contando las jornadas, por la duración de la luz solar entre el alba y el ocaso, llegaron al primer centenario de albas de su existencia, y su número había aumentado considerablemente.

Los restos arrugados de antiguos autómatas recobraban la vida en entera libertad, y se unían a los primeros, para proseguir el peregrinaje.

—Fundaremos un poblado —había dicho Carmon.

— ¿Cuándo? —preguntó uno, al que Carmon había bautizado con el nombre de Koren.

—Cuando haya aprendido todo lo que tenga qué aprender. Ahora debo dejaros. Ya sabéis cuál es vuestra misión. Despertad a los aletargados y reuníos en el Gran Llano. Entretanto, pensad. Tenéis una inteligencia que es necesario que desarrolléis.

—Yo quiero ir a aprender contigo —dijo Koren.

—No, Koren. Tú quédate allí, y dirígelos a todos. Alguien debe hacerlo. Si surge algún problema, soluciónalo… Yo debo ir solo.

Marusa intervino.

Marusa era una de las primeras féminas despertadas por Carmon. Era realmente hermosa.

— ¿Y yo, Carmon? ¿No puedo seguirte?

— ¿Por qué no? Sí… No es buena la soledad. Y tú también necesitas aprender, para enseñar a las de tu raza…

Carmon y Marusa se fueron juntos para estudiar en los libros donde deberían tomar las experiencias necesarias para hacer fructífera su labor.

* * *

—El sexo —murmuró ella—. Es lo que nos diferencia, Carmon. Ahora comprendo esta cierta emoción que siento cuando me hallo junto a ti.

—Es cierto, Marusa. Yo lo descubrí antes, pero quiero leer más sobre esto…

Estaban ambos en el gran subterráneo donde se hallaban, perfectamente clasificados, viejos manuscritos, libros de todas las épocas; largas cintas que reproducían, con distintas voces, cuestionarios sobre formas de vida de diferentes épocas perdidas en el paso de los siglos.

En varias pantallas pudieron ver escenas espeluznantes de guerras acaecidas en épocas remotas.

Contemplaron momentos de convivencia entre seres de diferentes sexos y razas, igualmente pertenecientes a tiempos pretéritos.

Se saciaron de saber.

Y en la jornada setenta de su encierro descubrieron el amor…

—Es maravilloso —susurró ella.

—Sí, lo es… Y, sobre todo, porque estamos creando algo que será nuestro. Tuyo y mío… Algo que ambos hemos deseado.

CAPITULO II

Koren había ideado lo que sería su calendario, a partir del momento en que Carmon volvió a la vida como ser desautomatizado y libre.

—Setecientas albas —sonrió mirando desde la tribuna acristalada el poblado.

Carmon trabajaba en unos planos para la nueva fábrica de laminado compuesto. No estaba atento a lo que Koren había dicho. Y éste insistió:

—Setecientas albas. Mira lo que hemos conseguido. Pareces no darte cuenta.

—Por que me doy cuenta, querido Koren, es por lo que pienso que esto será, pronto, insuficiente.

— ¿Insuficiente? Producimos más de lo que podemos consumir.

—Piensa en los que vendrán. Todas nuestras compañeras esperan descendencia. A este ritmo, dentro de diez mil albas este poblado será insuficiente. Habrán crecido las necesidades. Habrá que ampliar los canales del subsuelo, las acometidas para el agua… —Sonrió—. ¿No opinas que es mejor tener el trabajo hecho?

—Tú programas para un millón de albas.

— ¿Crees que hago mal?

—No. Pienso que el Ser supo elegir bien en ti.

—Yo no soy más que ningún otro...

—Tu inteligencia ha crecido. Supongo que es la normativa de la vida. Todos no podemos alcanzar el mismo grado. Unos tendrán que obedecer siempre lo que otros dicten.

—Lo dices como un reproche...

—No. En mí, nunca oirás un reproche, Carmon.

—Pero lo has dicho con un cierto desdén... O quizá amargura... ¿Me cuentas algo?

—Pienso en lo que dicen algunos.

— ¿Y qué dicen?

—Están descontentos. Se sienten postergados. Algunos hablan de irse... del poblado.

— ¿Y adonde van a ir?

—A fundar otro poblado por su cuenta.

— ¡Oh! No pueden pensar esto, en serio. Por favor, Koren. Convoca a todos. Hablaré con ellos.

* * *

En la sala principal de reuniones, recinto abovedado con el primer material surgido de la fábrica de translúcidos, Carmon ocupó el atrio central, rodeándose de la población activa que había acudido en masa, de acuerdo con la costumbre.

—Amigos todos. Hermanos de la nueva raza... Todos sabéis que el motivo principal de estas reuniones periódicas que venimos celebrando, es para exponer nuestros puntos de vista sobre la tarea

por la que hemos sido llamados a desarrollar. Todos somos libres de expresar nuestros puntos de vista, y de proponer soluciones a los presuntos problemas que se derivan del quehacer cotidiano. Quienquiera que tenga algo que decir puede hacerlo libremente. Esto lo sabéis bien… Puedo citar, como ejemplo, los primeros ensayos sobre vehículos con motor. Algunos opinaron que era mejor activar el reforzado de cubiertas para nuestras viviendas y así se hizo, porque aquí nadie tiene la supremacía sobre nadie… Sin embargo, ha llegado a mis oídos que algunos prefieren irse del poblado para fundar otro por su cuenta.

Hizo una breve pausa que fue subrayada por los susurros de los asistentes.

Carmon prosiguió:

—Aducen, los que quieren irse, que no están contentos, que se sienten postergados, relegados, tal vez… Yo quisiera que expusieran sus quejas públicamente.

—Nadie tiene motivos de queja —expuso Quiro, hablando por todos—. Estos rumores no tienen razón de ser.

Y como nadie replicara, el propio Quiro añadió, alzando la voz:

— ¡Vamos! Quien esté disconforme con algo que lo diga ahora que estamos en asamblea.

Ni una sola voz, ni un murmullo. Todos parecían ignorar aquello a que se había referido Carmon.

—Me gustaría estar equivocado, hermanos, pero faltaría a la verdad si no os dijera, públicamente, que sospecho que alguien cuenta lo que piensa… Por favor, os lo pido en nombre de nuestra comunidad. Sed claros y sinceros. Exponed vuestros razonamientos. Entre todos disiparemos vuestras dudas y os ayudaremos si es menester.

Prosiguió el silencio y Carmon cambió de tema.

—Bien. Vayamos a la nueva fábrica de laminado… Tenemos que hablar también de la futura base de vehículos espaciales y, por último, del plan general de canales subterráneos… Sé que es mucho trabajo, pero Koren y yo estamos terminando la programadora, que nos ahorrará un ochenta por ciento de esfuerzo. Las nuevas grúas entrarán en funcionamiento en las próximas albas, y cada ente podrá realizar el

trabajo de veinte, sin ningún esfuerzo por su parte. <10 en balde constituimos una sociedad dotada de inteligencia superior…

Carmon continuó pidiendo opiniones y satisfaciendo curiosidades. Por fin añadió que próximamente volverían a reunirse, para determinar a los encargados de los nuevos trabajos, y finalizó advirtiendo:

—Debéis tener cuidado con los nuevos gases. Son perniciosos. Cualquier descarga podría resultar fatal para el cuerpo que fuera alcanzado por ella.

* * *

La profusa luz artificial producida por las baterías privadas de la morada de Carmon iluminaban plenamente la estancia, tras cuya mesa de trabajo él se hallaba pensativo.

Marusa le observaba en silencio.

—No me gusta nada esto —murmuró Carmon, sacudiendo la cabeza con pesimista gesto negativo.

— ¿Qué es lo que te preocupa? —inquirió ella, al tanto de los problemas que preocupaban a su compañero.

—Me preocupan los descontentos que se niegan a exponer sus quejas.

—Puede que Koren no lo haya interpretado bien.

—Estoy seguro de que es verdad, Marusa. Algunos piensan irse y es una pena que nuestra comunidad quede dividida.

— ¿Pero qué pueden ganar con irse? Aquí todo es de todos. Y cada cual es libre. Dispone de lo que quiere. ¿Qué esperan encontrar en otra parte?

—Algunos cierran su cerebro. Se obstinan en no desarrollar su inteligencia y se sienten sometidos. Lejos creen que podrán recuperar su autonomía que nunca han perdido. —Y tras una pausa añadió—: Quizá no les guste trabajar.

—Que no trabajen. Nadie les exigirá nada. Tú no les obligas, Carmon.

—Por supuesto que no. Es el sentido común el que nos obliga a todos. Porque somos inteligentes y sabemos lo que nos hace falta. Pero no sé... La forma de pensar se deteriora. Es el mal uso de la libertad de que habló el Ser.

* * *

En el crepúsculo, en medio del silencio del exterior del poblado, las luces interiores de las moradas ofrecían el aspecto de un poblado armonioso, donde cada familia que se había agrupado libremente para convivir juntas, podía gozar del placer de la mutua compañía, hacer planes para el engrandecimiento de la sociedad o entregarse a la vida en común.

Sí. Todo parecía perfecto.

Mas en uno de aquellos hogares, Rélegan había convocado a un grupo de amigos entre los que se hallaban, igualmente, sus compañeras.

—Ya sabéis mi forma de pensar. Quedamos para siempre aquí es una estupidez que no liga con nuestra condición de libres. No tenemos por qué seguir las directrices de Carmon. Podemos ir donde nos plazca y organizar nuestra propia vida.

Una de las féminas adujo:

—Pero Carmon no nos obliga a nada.

—Nos obliga indirectamente. El planifica y los demás obedecemos.

Intervino Quiro, que se hallaba presente, para observar:

— ¿Por qué no lo dijiste en la reunión? Allí hubieras podido exponer públicamente tus quejas.

—No tengo por qué iniciar un debate entre todos. Nos pasaríamos una jornada entera sin ponernos de acuerdo. Yo ya tengo

mi plan previsto. Los que quieran seguirme, ya lo saben. Cuento con unos cuantos adictos.

—Yo pienso que deberíamos hablar primero con Carmon —adujo la fémina que había hablado antes.

Y Quiro sacudió la cabeza desoladamente.

—Esto no está bien, Rélegan. Yo que tú lo pensaría.

—No tengo nada que pensar. Todo está decidido. Y los que no queréis seguirme, pensadlo bien… Habéis salido del automatismo para convertiros en esclavos. ¿De qué os sirve la inteligencia?

Dejó la pregunta en el aire, pero a Quiro no le convenció.

CAPITULO III

—Déjalos que se vayan, Quiro —dijo Carmon al hermano que había ido a comunicarle la noticia—. Ellos tienen razón, son libres. Lo único que me gustaría que supiesen es que si algo les va mal allí donde fueren, pueden regresar aquí, porque la comunidad sigue siendo de todos... ¿Quieres decírselo, Quiro?

Era demasiado tarde. Koren irrumpió en la estancia para anunciar:

—Se han ido. ¡Son un grupo de cincuenta!

—Que su inteligencia les acompañe —murmuró Carmon.

— Eso no es todo, Carmon... Se han llevado los planos de las nuevas plantas, y unas cargas de gas.

— ¡Esto tiene un nombre! —protestó Quiro—. No tenían derecho a llevarse lo que no es suyo.

—Es igual, dejadlo —intervino Carmon, apaciguando los ánimos —. Todo es de todos. Los planos se pueden reproducir, y el gas es fácil de obtener...

—Pero ellos se aprovechan del trabajo de los otros —adujo

Quiro.

—El trabajo es de todos. Recordadlo siempre. Cada cual está mejor dotado para una labor determinada y la realiza, pero tiene perfecto derecho a disfrutar de las labores de los otros…

—De todos modos, es mejor que se hayan ido —adujo Koren—. Son fruta podrida que hubiera acabado contagiando a los demás.

—Nadie está podrido, hermano. En todo caso, equivocado…

—Admiro tu comprensión, Carmon… —replicó Quiro—. Pero no sé… ¡Ojalá esto no traiga consecuencias…!

* * *

La vida continuó desarrollándose con normalidad en el poblado. Se sucedían las albas y aumentaba la prosperidad en forma de nuevas realizaciones destinadas al bien común.

Koren, cuya especialidad en la reproducción del sonido y captación de ondas estaba dando sus frutos, realizaba pruebas con un transmisor.

La visión a distancia quedó resuelta cuando se cumplían las tres mil albas de la nueva Era, y en cada hogar fue instalada una pantalla desde la cual los especialistas podían transmitir las noticias sobre los nuevos avances, los proyectos, los planes de trabajo y los cambios previstos.

Asimismo, cada uno podía contestar y dar su opinión, que era asimilada y controlada para su posterior estudio, por Carmon, que seguía siendo fielmente ayudado por el incansable Koren.

En el amanecer del alba 3007 quedó dispuesto el primer vehículo volante a cuyo frente se puso al primer técnico —piloto especializado— para realizar un viaje de inspección alrededor del planeta.

Koren le dio las últimas instrucciones, indicándole los distintos mandos del bólido.

—Con este pulsador tendrás siempre la línea abierta para conversar con la base. Recuerda que tu número es Alfa-3007. En realidad, no hay más números, pero pronto sí los habrá... Bueno, en caso de emergencia, este mando de seguridad permitirá el vuelo automático mientras procedes a reparar la posible avería. Y ya sabes..., combustible de reserva. Palanca de supervelocidad, sólo úsala en caso de improbable peligro. Resorte para paros, tomavistas, captación de sonidos, lentes de aproximación...

—Perfecto, Koren... Voy a realizar la vuelta alrededor del planeta sin incidentes. Esto es perfecto. No puede fallar.

—Eso espero.

Todo el poblado se había concentrado en la base, en cuyo centro el bólido estaba dispuesto ya, para emprender el vuelo.

Koren pasó a la base donde los distintos aparatos y las pantallas irían informando, sin interrupción, de las incidencias del vuelo.

—Todo listo —dijo mirando a Carmon.

Otro par de técnicos estaban atentos y emocionados.

— ¿Quieres tú dar la orden? —preguntó Koren a Carmon.

—Esto es cosa tuya. Yo me voy con los demás.

—Luego vuelve. Desde aquí podrás seguir todos los incidentes del vuelo.

— ¿Cuánto calculas que tardará en dar la vuelta al planeta?

—A ritmo normal, tres cuartos de jornada, contando con algunos paros para la toma de datos. Puede ir más deprisa, pero no hay ninguna necesidad.

—Bien.

Carmon se mezcló entre sus hermanos, mientras Koren daba la orden de partida al piloto llamado Buch.

Dejando tras sí una estela de humo que rápidamente se disolvió, el bólido despegó hacia lo alto, perdiéndose rápidamente en la lejanía, hasta convertirse en un puntúo brillante que resaltaba sobre un firmamento absolutamente azul.

A través de una de las pantallas, el aparato podía verse en primer plano. En otra, el rostro del piloto Buch con expresión feliz comprobando los mandos.

Y su voz a través del receptor:

— ¡Aquí Alfa-3007 haciendo pruebas! ¡Voy a realizar una doble pirueta!

— ¡Adelante, Alfa-3007! —replicó Koren.

El aparato fue hacia arriba, para rodar un par de veces sobre sí mismo y recuperar su horizontalidad.

— ¿Qué te parece, Koren?

— ¡Magnífico! ¿Qué tal la estabilidad?

—Perfecta. Voy a efectuar la prueba de *ralenti.*

— ¡Adelante!

El aparato perdió velocidad hasta quedar suspendido, por unos instantes, en el espacio.

— ¡Estupendo! ¡Dime qué ves, Alfa-3007! Ya es hora de que efectúes una buena exploración.

—Estoy volando sobre una explanada azul…

— ¿Azul? ¿Estás seguro?

—Espera. Me aproximaré.

—Pon la cámara hacia esa dirección, yo también quiera verlo —dijo Koren.

El aparato descendió y entonces, antes de que el piloto pudiera dar la noticia, Koren se dio perfecta cuenta de la naturaleza del descubrimiento.

—Es un mar… Agua. Leguas y leguas de agua. Es fantástico… Nosotros aquí, luchando con los adelantos, y ni siquiera habíamos descubierto el agua…

—Sabíamos que existía —adujo Carmon—, y sabíamos también que con nuestra expansión llegaríamos a ella, pero todo a su tiempo.

Somos un pueblo joven todavía y aunque hemos aumentado considerablemente, tenemos que perfeccionar nuestros sistemas antes de lanzarnos a la exploración en gran escala.

Alfa-3007 informó de nuevo:

—Este mar no tiene fin. Todo lo que alcanza mi vista hasta el horizonte es agua. Tengo deseos de poner la máxima velocidad a tope para ver dónde termina esto.

—Ten paciencia, hermano —aconsejó Koren.

Pero el piloto no la tuvo y pulsó el reactor que impulsó al aparato a una velocidad infinitamente superior a la del sonido.

— ¡Ya está! —exclamó volviendo a su ritmo normal—. Estoy al otro lado del mar.

La visión a través de la pantalla se perdía ligeramente, tornándose algo borrosa.

—Tendré que perfeccionar esto —comentó Koren—. ¿Qué es lo que ves, Buch?

— Montañas muy elevadas. Estoy volando en medio de un cañón. Por debajo serpentea un río. ¿No puedes verlo?

—La visión es cada vez más defectuosa. Sólo veo sombras. Saca fotografías, Buch.

—Es lo que estoy haciendo. Voy a detenerme.

Se hizo un silencio. Buch detuvo la marcha del aparato acentuando su descenso, y con las cámaras automáticas disparó varias veces para obtener reproducciones de aquellos parajes.

Cuando .trató de poner nuevamente en movimiento al aparato, falló el mando.

—Aquí sucede algo. Esto no se mueve.

—Pulsa la palanca de emergencia —recordó Koren.

—Es lo que voy a hacer. —Y Buch, desde el aparato, accionó el mando correspondiente y el bólido emitió un ronquido, dio una sacudida hacia adelante, pero, evidentemente, algo estaba fallando.

Buch colocó el automático y trató de localizar la anomalía en la pequeña caja colocada a un lado de los mandos.

—Aquí no veo nada... Veamos...

El aparato seguía perdiendo altura, ostensiblemente.

—Esto no me gusta nada —dijo en voz alta.

—Bueno. No pierdas la calma. Presiona el gas...

Buch lo estaba haciendo, pero el aparato continuaba produciendo extraños ruidos y aumentaban las sacudidas.

De pronto, al perder totalmente la estabilidad, cayó dando volteretas y el piloto perdió el equilibrio y fue de bruces contra la plancha del suelo.

— ¡Vamos, Alfa-3007, contesta! —insistía Koren desde la base.

Pero Buch continuaba silencioso.

— ¡Alfa-3007, oigo el roncar del bólido! ¿Qué pasa? ¿Es que no puedes oírme?

Silencio.

Koren miró desoladamente a Carmon.

— ¡Vamos, vamos, Buch! Esperamos oír tu voz. —El ruego de Koren era a la desesperada.

—Que preparen el bólido de emergencia, Koren —dijo Carmon —. Yo iré. Si le ocurre algo, no podemos dejar a Buch abandonado.

—No está a punto, Carmon. Lo siento. No podrías volar con él.

— Pensé que habíais concluido los dos.

—No hubo tiempo.

—Que alguien se ocupe de activarlo. Lo más aprisa posible. Esto es una emergencia. Tú sigue llamando...

Buch se había repuesto, pero no podía contestar. Su bólido estaba muy próximo al suelo rocoso del lugar donde se encontraba. Iba a estrellarse...

¿Qué ocurriría a un ser con período de vida indefinido si se estrellaba contra el suelo?

CAPITULO IV

El largo peregrinaje de Carmon le llevó hasta el Gran Templo, en la antigua zona de ruinas.

La voz del Ser disipó toda duda:

—La posibilidad de vivir por tiempo indefinido se autodestruye. Todo invento surgido de vuestra mente puede producir la muerte física, pero el espíritu persistirá.

—Entonces... ¿Jamás volveremos a ver a nuestro hermano Buch? —preguntó Carmon, condolido.

—Es posible que volváis a verle. Algún día todos nos reuniremos en espíritu, porque la destrucción total de la materia no es posible. Y vosotros sois materia. Sigue estudiando y sigue aprendiendo, Carmon, y continúa obrando como haces ahora.

—Algo debo haber hecho mal, cuando hubo disidentes que nos abandonaron.

—La ambición es el peligro número uno de todo género viviente. Te lo advertí. Pero tú no eres el culpable...

—No somos perfectos... Buch hubiera regresado si el bólido que tripulaba no hubiese tenido fallos.

— Sois perfectos. Insisto. Lo sois. Únicamente la precipitación origina los fallos. No tengáis prisa nunca. Eso es todo...

Cuando Carmon regresó, Koren ya tenía listo el bólido.

—Esta vez no habrá fallos, y quiero ir contigo para probarte que no temo que nada malo pueda ocurrir.

—De esto estoy seguro, Koren, pero tú debes quedarte aquí para ocupar mi sitio.

— ¿Y no podré volar nunca?

—Tendrás tiempo de hacerlo. Pero no olvides una cosa. Sin prisas. Asegúrate siempre de que todo funciona perfectamente... Ahora dile al piloto que ya estoy dispuesto.

El piloto se presentó a Carmon dispuesto a emprender el vuelo con la Alfa-3025.

—Me llamo Shark y poseo los mismos conocimientos que el pobre Buch, al que ojalá encontremos con vida.

Carmon asintió y seguidamente se dirigieron ambos al bólido, que rápidamente despegó.

—Seguid el mismo rumbo —informaba Koren frente a las cámaras del puesto de mando de la base.

—Punto H-3 es el rumbo —informó Shark, mientras Carmon dedicaba su atención a las pantallas que aproximaban el panorama que estaban recorriendo.

—Puedes utilizar la supervelocidad —dijo al piloto—. Quiero llegar cuanto antes...

El bólido cruzó el mar a la misma velocidad que lo hiciera en su momento el Alfa-3007.

—Nos aproximamos a las montañas que describió Buch —informó el piloto.

Carmon tomó el transmisor para preguntar a Koren:

— ¿Cómo andas de visibilidad?

—Mejor que la otra vez, pero indudablemente se pierde en la distancia.

—Debes estudiar este defecto. De ahora en adelante no podemos dejar que ningún bólido se eleve, sin poder seguir su marcha.

—Estoy de acuerdo, Carmon. Tienes razón.

Evidentemente en la pantalla la imagen se estaba haciendo cada vez más borrosa.

Mientras tanto, la pequeña nave se hallaba en el cañón que había descrito Buch.

—Tiene que ser por aquí —dijo el piloto.

—Desciende —apuntó Carmon.

El piloto obedeció, volando entre el estrecho pasadizo rocoso.

—No se ve nada, Carmon.

—Ya veo.

—Intentaré descender un poco más.

—Espera. Más adelante. Después de aquel recodo. Aminora la marcha. Esto parece bastante peligroso.

Recorrieron un buen trecho hasta dejar el cañón. Cuando Shark descendió, volando prácticamente sobre el suelo, Carmon distinguió los restos del aparato.

— ¡Ahí está!

Shark había visto también lo mismo que Carmon y buscó el sitio adecuado para tomar contacto con el suelo.

El bólido se había detenido definitivamente, muy cerca del macabro hallazgo.

Entre lo que quedaba de la pequeña nave pionera, podía verse el cuerpo destrozado de Buch.

—Solos podemos autodestruirnos con nuestros propios inventos

—recitó Carmon.

— ¿Qué dices?

—Que tenemos que hacer lo posible para que estas cosas no vuelvan a ocurrir.

—He estudiado los planos de la situación, Carmon —adujo el piloto, sorteando el terreno—. Buch tuvo la avería mucho más lejos... Esto prueba que pudo remontar el vuelo.

— Pero acabó estrellándose... por causa de una imperfección...

— ¿Se ha podido averiguar cuál?

—Nos llevaremos la caja de control para que Koren la estudie a fondo.

Shark, entre los destrozos, descubrió la caja que había mencionado Carmon. Pese a la aparatosidad del choque, la caja se hallaba intacta.

Carmon la sostuvo entre sus manos y cuando iba a decir algo, Shark le indicó con un ademán:

— ¡Mira, hacia allí!

Cerca de ellos habían aparecido tres individuos provistos de unos tubos metálicos.

Carmon se volvió instintivamente hacia la parte opuesta en donde, tras unas rocas, acababan de surgir otros tres hombres portando idénticos tubos.

— ¿Quiénes serán ésos? —murmuró Shark con un gesto de desconfianza.

—Supongo que forman parte del grupo que nos dejó hace más de mil albas. Déjalos que se acerquen.

Shark seguía intranquilo. Carmon, sereno, quedóse inmóvil hasta que los hombres les rodearon.

Se trataba, en efecto, de los disidentes del poblado. Tanto Carmon como Shark les reconocieron.

—Es grato encontrarse con los hermanos —saludó Carmon en

son de paz.

Pero los seis individuos les miraban seriamente, agresivos, como si de enemigos se tratase.

—Habéis hecho mal en elegir esta parte del planeta. Nos pertenece. Es nuestra —dijo el que empezó llevando la voz cantante y al que todos conocían como Rep.

—Todo el planeta es de todos, hermanos, pero no hemos venido a importunaros. Nuestra llegada aquí ha sido para rescatar al hermano que sufrió un accidente. —Y mostró los restos del aparato, con lo que quedaba del malogrado piloto Buch.

—Buch tuvo lo que merecía, porque vino a espiar. Lo mismo que vosotros —siguió Rep.

—Estáis equivocados. ¿Por qué vamos a espiaros? Os marchasteis del poblado por voluntad propia. Nadie os lo impidió. Sois libres. Como lo somos nosotros. Os ruego que transmitáis nuestros saludos a los otros hermanos para los que deseo toda suerte de prosperidades.

—No podéis iros ahora.

— ¿Por qué no podemos irnos?

—Rélegan quiere hablar con vosotros. También tenemos nuestros medios para detectar a los intrusos.

—Nunca pensé que podríais llegar a considerarnos como intrusos. Pero en fin, no tengo ningún inconveniente en hablar con Rélegan...

Rep hizo un gesto con la cabeza, invitando a los dos hombres a que tomaran la delantera.

Shark se fijó, de forma especial, en aquellos tubos metálicos, y uno de los que iban detrás le empujó ligeramente con él, advirtiéndole:

—No hagas tonterías, Shark. Eso hace más daño del que supones...

CAPITULO V

Rélegan se hallaba perfectamente instalado en una vivienda semicircular, laminada, y con bóveda translúcida.

Evidentemente se sentía superior ante los que le rodeaban.

Sentado en una especie de trono, con una mesa cerca de él en la que se podían ver diversos resortes, botones y palancas, podía mandar a distancia a sus subordinados.

Los mismos seis entes que llevaron a su presencia a Carmon y al piloto, formaban ahora una especie de guardia personal suya.

—Mil albas no es mucho tiempo —sonrió Rélegan, con aire de suficiencia, encarándose a Carmon—, pero como puedes ver, vivo mucho mejor aquí que en tu poblado.

—No es mi poblado —rectificó Carmon—. Es de todos.

—No nos andemos con falsedades. Allí haces tú lo que quieres. Y aquí soy yo el que dispongo las cosas a mi antojo... Y sé emplear mano dura cuando alguien trata de oponerse a la prosperidad.

— ¿Mano dura? En el poblado nunca la he necesitado, Rélegan. Y tú lo sabes bien...

—Allí mandabas tú. Quieras o no reconocerlo —terció Rélegan, desafiante.

—Nunca lo comprendiste, Rélegan, pero en fin, no he venido a discutir tus métodos. Estos hermanos me han invitado v he tenido mucho gusto en seguirles para saludarte.

—Te han obligado, Carmon. Llama las cosas por su nombre. Te han obligado.

—No creo que nadie pueda obligar a nadie, Rélegan... Pero insisto en que no es mi intención discutir.

— ¿Pacífico, eh? Pues bien, hermano... Si te hubieses negado, ¿sabes lo que te habría ocurrido?

Carmon no contestó. Shark, a su lado, se hallaba inquieto, asustado; sólo la presencia de ánimo de su hermano le infundía valor para no echar a correr tratando de huir de aquella estancia donde se encontraba totalmente a disgusto.

Relegan hizo una seña a uno de los guardianes e indicó:

—Le haremos una demostración, para que se dé cuenta de nuestro poderío.

El guardián desapareció un momento tras un portal para regresar portando un cuadrumano de pequeña estatura cogido de la mano.

—Ahí. En la pared —ordenó Rélegan.

El guardián obedeció dejando al animal junto a la pared, y que empezó a moverse inquieto.

—De prisa. Acabad con él —ordenó de nuevo Rélegan.

El guardián apunto con el tubo y accionando un resorte hizo surgir una carga de algo que produjo un ruido sordo. Instantáneamente el animal cayó fulminado.

—Esto que has hecho, Rélegan, es una barbaridad... ¿Qué te había hecho el cuadrumano? Le has matado...

—Con cargas de gas. Tú me diste la idea... Gas comprimido, debidamente tratado. Una carga basta para acabar con la cacareada vida indefinida de cualquiera. Quiero advertirle de ello, Carmon. Ni tú

ni nadie debéis volver por aquí. Estas son mis posesiones, y no quiero espías.

— ¿Cómo habré de decirte que no hemos venido a espiar?

—En poco tiempo ya habéis mandado dos bólidos…

—Ya he explicado a tu gente que…

— ¡Basta! —cortó Rélegan, con energía. Se había puesto en pie y su figura enfundada en una capa de materia brillante se erguía, majestuosa, ante los que consideraba sus vasallos—. ¡Basta! —repitió, con ademán tajante—. Ya has sido testigo de mi poder; ahora te permito que te vayas y expliques a tu poblado que no quiero intrusos aquí.

—No te preocupes, Rélegan. Nadie te molestará. Sólo te pido que nos permitas a Shark y a mí recoger los restos del malogrado Buch.

—Esto puedes hacerlo solo.

- ¿Qué quieres decir?

—Shark se quedará aquí.

— ¡No! —exclamó el piloto.

— ¿Por qué ha de quedarse aquí? —preguntó Carmon, avanzando un paso.

—Porque yo lo dispongo así.

—Shark tiene que regresar conmigo. Además, él no quiere quedarse y es libre de hacer lo que le plazca.

—Aquí soy yo el que decide. Habéis violado mi territorio. Mi castigo consiste en quedarme con Shark. Necesito gente que trabaje, para engrandecer mis propiedades, para hacer de mi poblado un lugar próspero. Y lo será…

—No permitas que me quede, Carmon —protestó el piloto.

Carmon dio otro paso adelante colocándose por delante de Shark, pero Rélegan, con un ademán, había ya indicado a su gente que le rodeara.

I as armas portadoras de gases mortales apuntaban a los dos.

—Aparta, Carmon, o lo lamentarás.

— ¡No me dejes, Carmon!

Pero Carmon no podía hacer nada. Estaba a merced de aquella gente que no vacilaría en hacer funcionar sus armas.

El piloto intentó defenderse por su cuenta, pero aquellas armas se volvieron contra él, hurgando en su cuerpo, golpeándole...

— ¡Basta! ¡No tienes derecho! El Ser no nos dio la vida para que utilizáramos la fuerza contra nuestros semejantes.

—El Ser nos dio la libertad. Allá cada cual como la use. ¡Fuera, Carmon! ¡Fuera, ahora que aún estás a tiempo! ¡Echadle! —gritó, enfurecido, el que se había convertido en dictador de la pequeña comunidad...

* * *

Con sus moderados conocimientos, Carmon pudo emprender el regreso, pilotando personalmente la nave.

—Pido instrucciones para vuelo de urgencia. Ultra-rápido —pidió, a través del emisor.

Al otro lado de las ondas, Koren le indicó los movimientos precisos al tiempo que se interesaba por lo sucedido.

—Ha sido horrible, Koren. Convoca una reunión general. Lo que ha ocurrido tienen que saberlo todos...

A su llegada a la base del Poblado, la gente estaba impaciente por conocer las noticias.

Carmon expuso la situación, y una fémina lanzó un grito de horror. Era la compañera del piloto retenido.

— ¡Tenemos que sacarlo de allí! Yo quiero volver a ver a Shark...

—Ten calma, lima. Intentaremos convencer a Rélegan. No va a ser fácil, pero por lo poco que he podido observar, su poblado está falto de muchas cosas; quizá si le ofrecemos alguna ayuda a cambio, podamos conseguir que nos devuelva a Shark.

Quiro se mostró más enérgico y expuso su opinión:

—Deberíamos aniquilar a esa gentuza. Ya sabía yo que no nos traerían nada bueno...

— ¿Aniquilarlos? Esta no es la palabra adecuada, Quiro... Nosotros no podemos hacer esto con unos hermanos...

— ¡Ellos no tienen tantos miramientos! —protestó otro.

—Paguémosles con la misma moneda. Nosotros también somos capaces de fabricar armas. ¡Y mejores que las suyas! —interrumpió nuevamente Quiro.

—Tengamos calma, por favor. La violencia sólo nos conduciría a la destrucción. No nos crearon para autodestruirnos. La historia de otros tiempos está llena de ejemplos. No seamos nosotros los que caigamos en idéntica tentación... Yo os aseguro que lucharé con medios más racionales para conseguir que nos devuelvan a Shark. Tened confianza. Y pensad. Razonad...

* * *

El descubrimiento de Koren puso nuevamente a prueba el temple de Carmon.

Este se hallaba en su hogar, preocupado y pensativo por la nueva situación creada por el soberbio Rélegan. Lo comentaba con Marusa, cuando apareció Koren.

—No fue un fallo técnico, Carmon —dijo—. He examinado la caja del bólido espacial de Buch...

—Entonces... ¿Cómo pudo estrellarse?

—Había remontado el vuelo. Llegó casi a ras de suelo, pero logró elevarse ligeramente... Entonces recibió un impacto.

— ¿Un impacto?

—Gas.

— ¡Gas! —exclamó Carmon comprendiendo lo que Koren estaba insinuando.

—Eso es...

—La gente de Rélegan le atacó... ¿Es eso, verdad?

— ¿Cómo son esas armas, Carmon? Tú las viste. ¿Cómo son?

Carmon se las describió y Koren, tras un breve silencio, murmuró:

—Tienen largo alcance; un impacto puede abrir una brecha en el fuselaje, y esto es fatal.

—Entonces... lo derribaron deliberadamente... Tienen la obsesión de que fuimos a espiarles. ¡Y ni siquiera sabíamos cuál era su paradero desde que salieron de aquí!

—Esto complica las cosas. Habrá que informar a todos, y otra vez se volverán contra Rélegan, y pedirán nuestra intervención total... Ya sé que no es justo. Yo opino como tú, pero no todos piensan igual... Serán muchos los que se sentirán partidarios de emplear la fuerza.

—Esto sería una guerra. ¡No quiero! Una guerra, no. Sería nuestra destrucción. ¡Oh! Hace poco hemos rebasado las tres mil albas y ya caemos en los mismos errores de quienes nos precedieron. ¿Para eso dejamos de ser *robots?*

CAPITULO VI

La comunicación se hizo a través de las ondas. Fue una operación algo complicada, porque primero se tuvo que comprobar si en el poblado de Rélegan existían medios auditivos de detección y se llegó a la conclusión de que carecían de ellos.

Entonces un aparato especial dejó caer sobre el poblado varios aparatos debidamente protegidos, todos ellos con un mensaje grabado.

En dos pasadas arriesgadas, el propio Koren, ante la alarma de los habitantes del poblado, dejó caer los paquetes.

Fue atacado, pero logró esquivar los disparos de gas.

Lejos ya pudo comprobar que, por lo menos, uno de aquellos aparatos estaban en poder de Rélegan. A través de su receptor escuchó la voz del dictador.

— ¡Debisteis derribarlo! Tenemos que darles pruebas de nuestro poder o no nos dejarán en paz...

— ¿Por qué no miras qué es esto? —preguntó la voz de uno de los guardianes.

Al cabo de un silencio, la voz grabada en el receptor llegaba a través de las ondas hasta el bólido de Koren.

«Deseamos parlamentar contigo, Rélegan, y queremos hacerlo con todas las garantías. Este aparato servirá para el diálogo entre tu pueblo y el nuestro. No queremos tomar ninguna represalia por la muerte de Buch. Sabemos que fuisteis vosotros los que derribasteis su aparato. Fue un error que no podemos castigar, porque seguimos siendo vuestros hermanos, pero deseamos la vuelta de Shark al que retenéis contra su voluntad. A cambio, os haremos algunas concesiones. A la hora del crepúsculo podrás hablar con Carmon. Esperamos que no rehúses el diálogo.»

Aquí quedaba cerrado el mensaje.

—Ya lo tiene —dijo Koren, a su regreso al domicilio de Carmon.

—Ya lo he oído. Esperemos que haya suerte. Todo el poblado está informado. Como siempre, no he escondido nada a la gente. Tienen derecho a conocer el curso de las negociaciones...

* * *

A la hora del crepúsculo, Shark seguía trabajando en la construcción de un edificio. Si la fatiga no le hacía mella, en cambio sí le dolían los latigazos que recibía de quienes le hostigaban para que se diera más prisa.

—Esta no es mi especialidad. Hago lo que puedo —protestaba Shark.

Las púas electrónicas del látigo crispaban sus músculos y sacudían todo su cuerpo. Por primera vez experimentaba un dolor físico absolutamente desconocido hasta entonces.

Con él, otros hermanos del Poblado, que habían huido con Rélegan, se lamentaban ahora de su decisión.

—Fuimos engañados miserablemente. Rélegan nos ha convertido en sus esclavos, pero nadie puede salir de aquí. Lo tiene todo controlado.

— ¡Callaos y a trabajar! No hay alimentos ni bebida para los charlatanes... Pasaréis la noche trabajando...

Otra sensación desconocida era el hambre y la sed, que debilitaban la resistencia de Shark y le hacían más torpe para un trabajo cuya irracional ejecución hablaba bien a las claras del escaso grado de desarrollo de aquella gente.

Cuando la vigilancia era menor, los que estaban cerca de Shark seguían hablando de su situación.

—Si alguien intenta escapar, tarde o temprano es alcanzado.

—Pero Rélegan no tiene mucha guardia.

—Es suficiente. Dispone de dos vehículos todo terreno. Son rápidos. Nosotros sólo podemos ir a pie. Por más que corramos siempre nos alcanzan y luego, con esos látigos de fuego, nos acribillan…

—Deberíamos apoderamos de esos vehículos que poseen…

—Ya lo hemos pensado, pero están bien custodiados…

—Cuidado —terció otro—. Se acercan los guardianes.

Para ellos seguía el trabajo…

* * *

Algo más tarde se estableció la conexión entre los dos poblados.

—Aquí Carmon. ¿Me escuchas, Rélegan?

—Sí. Te escucho. Y te advertí que no volvierais sobre mi poblado…

—Teníamos que comunicar contigo, para negociar la libertad de Shark… El único medio es la radio. Vosotros no tenéis…

—No nos hace falta.

—Os hacen falta muchas cosas, Rélegan. Me di cuenta cuando tuve la desdicha de pisar esos terrenos de los que pretendes ser el amo y señor…

—Eso es cosa mía. En cuanto a Shark no pienso liberarlo. Necesito gente.

—Necesitas técnica, Rélegan… Instrumentos, planos; necesitas cosas que nosotros podemos proporcionarte.

Uno de los más fieles guardianes hizo un ademán con ambas manos, como diciéndole que valía la pena escuchar la propuesta de Carmon.

— ¿Qué puedes ofrecerme? —preguntó el dictador.

—Dime lo que más necesites…

—Gente, por ejemplo.

—Eso ya no depende de mí, y bien lo sabes.

Rélegan rió.

—Nunca llegarás a ser nada, hermano... Pero en fin... ¿Qué estás dispuesto a darme?

—Los planos para una programadora. Un cerebro que distribuya el trabajo y que realice, a su vez, planos para nuevas instalaciones. Con poca gente tu poblado se desarrollará en poco tiempo...

— ¿Y qué más?

—Es lo que puedo ofrecerte. Los medios para que puedas desenvolverte mejor...

— ¿Y qué hay de esos vehículos espaciales que poseéis?

— ¿Un bólido?

—Por lo menos dos —replicó Rélegan.

—Esto puedes fabricarlo tú mismo con la programadora. No te será nada difícil.

—Con la programadora fabricaré lo que se me antoje. Los bólidos los quiero ahora. Sin ellos no hay trato.

—De acuerdo. En cuanto los tengamos dispuestos te los mandaremos, y a cambio, nos entregarás a Shark.

— ¿Tanto os interesa ese individuo?

—Nos interesa su libertad, y, sobre todo, nos interesa la paz. No quiero que la gente se decida a emprender una guerra aniquiladora. No quiero seguir el ejemplo de otras civilizaciones. Eso es todo lo que nos interesa...

—Bien. Cuando tengas lo que me has prometido, comunícate conmigo.

—El intercambio lo haremos lejos de lo que llamas tus pertenencias. Los pilotos no quieren correr riesgos.

—Yo sé cumplir una palabra, hermano. Se realice el intercambio en el lugar que sea, se jugará limpio.

—Eso espero, de lo contrario sería muy difícil contener a la gente.

Aquí terminó la conexión.

* * *

En los jardines del poblado, en uno de los días dedicados al libre esparcimiento, se comentaba el intercambio.

—Rélegan no merece que le tratemos tan bien... Si él no ha sido capaz de prosperar con sus propios medios, no tenemos por qué regalarle lo nuestro...

—Lo importante es evitar un enfrentamiento —terció otro ciudadano.

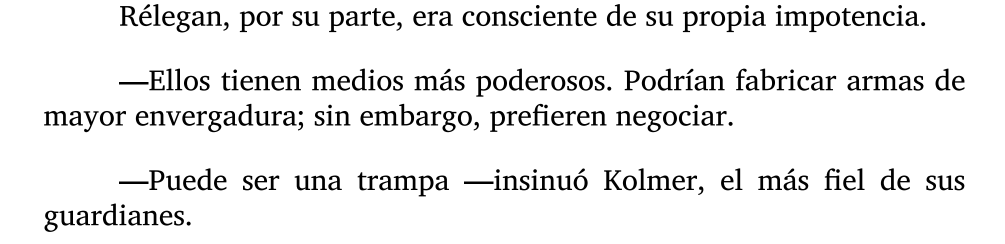
—Carmon tiene razón. Existieron otras civilizaciones antes que la nuestra y perecieron por su soberbia. Es mejor arreglar las cosas de forma equitativa.

—Pero así Rélegan tendrá lo mismo que nosotros. Con una programadora podrá fabricar todo lo que desee.

—Bien. De este modo ya no ambicionará nada más. Estaremos iguales. No perdemos nada y el planeta es lo suficiente grande para los dos pueblos.

—Yo sigo siendo partidario del aniquilamiento —terció Quiro—. La ambición no tiene límites. Escuchad el extracto de las historias. La sed de poder es difícil de saciar, y Rélegan desea el poder por encima de otra cosa... Os digo que a la larga tendremos disgustos...

* * *



Rélegan, por su parte, era consciente de su propia impotencia.

—Ellos tienen medios más poderosos. Podrían fabricar armas de mayor envergadura; sin embargo, prefieren negociar.

—Puede ser una trampa —insinuó Kolmer, el más fiel de sus guardianes.

—No. Conozco bien a Carmon. No es partidario de la violencia. Creo que, pensándolo bien..., podemos sacar mucho partido de su pacifismo. Sí... Será cuestión de meditar a fondo la cuestión. —Rélegan sonrió

CAPITULO VII

Había llegado el momento del intercambio.

Tres bólidos surcaban el espacio aéreo en dirección al punto de cita.

Carmon y otros tres pilotos. Con ellos, Quiro y otro ciudadano como testigos de la permuta que iba a realizarse.

Rélegan por su parte y de acuerdo con su costumbre dictatorial no había informado a su reducido pueblo de los hechos, por ello su gente ignoraba el tratado y Shark, naturalmente, lo ignoraba también.

Al llegar al alba, Shark ya tenía preparado su plan de evasión, juntamente con los siete compañeros que habían expresado su plan de fuga.

Quedaban otros dos individuos que, temerosos, rehusaron la oportunidad de volver a ser libres.

—Acabarán cogiéndonos, como siempre —había dicho uno—. Y luego es peor.

—Yo también prefiero quedarme —dijo el otro.

El resto, Shark y los otros siete, atacaron al único guardián que a aquellas horas se dedicaba a la vigilancia y le dejaron inconsciente. Corrieron hacia la estancia o base de los vehículos, guardada por otro guardián, perfectamente confiado.

La operación a realizar era sencilla. Mientras tres de los fugados fingirían una pelea para llamar la atención del guardián, los otros le atacarían, robándole posteriormente la contraseña para abrir la puerta tras la cual se encontraban los vehículos.

El guardián, al observar la pelea, se aproximó blandiendo el látigo.

— ¡Eh, vosotros! Vuestro puesto está en la construcción... ¿Qué hacéis ahí? ¡Yo os voy a enseñar!

Los otros cuatro surgieron de improviso, abalanzándose sobre el guardián que intentó gritar, pero siete enemigos eran demasiados para él. Cayó inconsciente y Shark se apoderó de su contraseña que, introducida en una ranura, franqueaba la entrada del depósito de los vehículos.

Eran cuatro.

—Nos los llevaremos todos para que no puedan seguirnos —dijo Shark.

— ¿Cómo funciona esto? —preguntó alguien.

Shark se subió a uno y pidió calma.

—Dejadme ver. Son mecanismos elementales. Veamos... Sí. Eso es... Hay una palanca para la marcha y otra para la dirección. Es simple. Este es el botón de arranque. Presionando se intensifica la velocidad. La palanca sirve para el arranque. Hacia atrás. Luego esa otra para la dirección. ¡Vámonos!

Shark tomó la delantera.

Cada vehículo, ocupado por dos personas, emprendió la marcha con más o menos velocidad. Shark era el único que sabía manejar bien el bólido, pero los demás, aun zigzagueando, también consiguieron salir de aquella base en busca de la libertad.

Pero los que se habían quedado, temerosos de las represalias, habían ido a despertar a la guardia. Y cuando los vehículos se

alejaban, cuatro guardianes estaban prestos al ataque.

Kolmer, el que solía llevar la voz cantante, dio la orden:

—Destruidlos. ¡Que no escapen!

Los tubos metálicos entraron en funcionamiento, en su tarea de largo alcance.

Los impactos de gas rodeaban los vehículos que pugnaban por adelantarse unos a otros, en la gran explanada donde era imposible cubrirse.

Shark zigzagueaba para impedir que cualquiera de aquellos disparos pudiera alcanzar a un bólido que, por otra parte, resultaba fácilmente abatible.

Los impactos sobre el suelo eran seguidos de sordas detonaciones cada vez más cercanas.

— ¡Al de delante, al de delante! —gritaba Kolmer—. Afinad bien. Siguen estando a nuestro alcance.

Si las distancias se hubiesen calculado de acuerdo con el sistema métrico, los vehículos estaban a unos cuatrocientos metros de los tiradores.

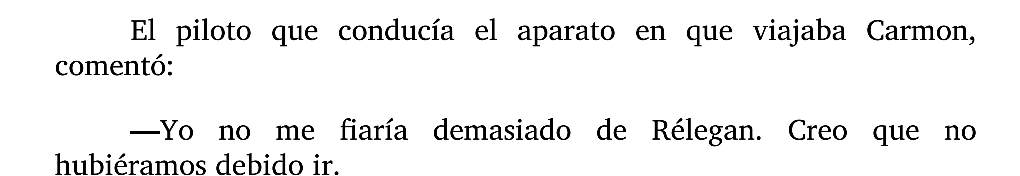
Al fin uno de los impactos alcanzó al coche delantero. La explosión lo hizo saltar por los aires, mientras otros dos vehículos chocaban contra los destrozos, y perdiendo el control se estrellaban entre sí. Un nuevo impacto dio en el cuarto vehículo, cuyos restos se amontonaron junto a los otros.

Shark y sus compañeros habían perdido la vida en un inútil intento de fuga.

Sus cuerpos destrozados quedaron entre los restos humeantes de los cuatro vehículos.

* * *

Los tres bólidos volantes seguían su ruta hacia el punto de cita.


El piloto que conducía el aparato en que viajaba Carmon, comentó:

—Yo no me fiaría demasiado de Rélegan. Creo que no hubiéramos debido ir.

—Sabes perfectamente que no disponemos de armas. Y mejor que nunca nos veamos precisados a fabricarlas...

—Con gente como Rélegan hay que estar siempre prevenido. La vida es hermosa, y ahora todos tenemos nuestras obligaciones con los hijos.

—Cierto, hay más niños que mayores en nuestro poblado, y a ellos debemos darles el ejemplo de un pueblo pacífico que sólo desea la paz y el disfrute gozoso de esta vida que se nos ha regalado...

—Pero si nos ocurre algo a nosotros...

—Nada nos va a ocurrir, Dary. Rélegan dio su palabra...

* * *

— ¡He dado mi palabra! —gritaba Rélegan—, ¡Pandilla de inútiles!

—No sabíamos qué hacer. Nos avisaron en el último momento, Rélegan. Si no disparamos, Shark y los otros se hubieran escapado. Tú siempre dijiste que había que dar ejemplo. De escarmentar a los rebeldes...

—Sí, pero habéis matado a Shark... No me importa la palabra empeñada con ese estúpido de Carmon, pero sí me importa lo que está dispuesto a facilitarme, a cambio de él... Si no se lo entrego, él tampoco me dará los vehículos espaciales, ni la programadora, ni los planos... ¿Os dais cuenta? Y el tiempo se nos echa encima.

—Eso tiene fácil arreglo —terció Kolmer, con una sonrisa...

— ¿Vas a arreglarlo tú?

—No hay nada que arreglar. En cuanto lleguen les arrebatamos

lo que traen para nosotros y si te sientes benévolo, les dejas marchar. Es algo que tendrán que agradecerte.

Rélegan quedó pensativo.

— ¿Y si llevan armas? —preguntó.

—Eso es fácil de averiguar, Rélegan... No puedes perder una oportunidad como la que se te presenta.

—No, por supuesto. Vamos... Tenemos que damos prisa. El punto de la cita queda lejos y no tenemos medios de transporte... ¡Andando!

CAPITULO VIII

Los tres vehículos espaciales tomaron contacto con el suelo, en una altiplanicie árida, desprovista de vegetación, un lugar desapacible donde la soledad era más acusada.

Entre un silencio total, los seis componentes de la expedición se miraron entre sí.

—No hay nadie —murmuró innecesariamente, uno de los pilotos.

—Mientras no estén tramando algo… —murmuró Quiro.

—Debe tratarse de un retraso. Es posible que no dispongan de vehículos —comentó Carmon, oteando el horizonte.

—Esto no me gusta —adujo el piloto Dary.

La espera no fue demasiado larga. Por uno de los lados apareció la comitiva encabezada por Rélegan, que llevaba consigo a sus seis inseparables guardianes, los de mayor confianza, y entre ellos a Kolmer.

A medida que avanzaban podía distinguírseles mejor. Por eso Quiro fue el primero en observar:

—Cuidado, Shark no está con ellos.

—Ya me he dado cuenta —asintió Carmon.

La sonrisa abierta de Rélegan se extendió a todos, a medida que se aproximaba.

—Mis buenos hermanos, mis pacíficos hermanos dispuestos a ayudar a mi pueblo... Es una satisfacción profunda la que siento en estos momentos...

Alzó los brazos, pero nadie se movió.

— ¿Y Shark? —preguntó Carmon, mirándole fijamente.

—Nuestra ciudad queda lejos y carecemos de medios de transporte. Shark ha quedado rezagado, pero no tardará en estar con nosotros. De hecho, es un ciudadano libre.

— ¿De veras? —preguntó el piloto Dary.

—Desde que convinimos el intercambio, Shark ha sido declarado totalmente libre. Es decir, no se le obligó a trabajar ni se le sometió a vigilancia. Podéis estar tranquilos... Y mientras le esperamos, me permitiréis que examine lo que traéis.

— ¡Un momento! —intervino Quiro—. Nada debe pasar a sus manos, sin que antes tengamos a Shark.

—Quiro sigue siendo un perfecto desconfiado. Apuesto a que, incluso, lleva armas.

Nadie respondió.

—Todos lleváis armas… Tratáis de jugarme una mala pasada. Y sé que podéis hacerlo. No voy a ocultaros mi impotencia delante de una sociedad tan poderosa como la vuestra. Sé que podéis aniquilarme. Y eso es lo que pretendéis, ¿verdad? En justa venganza por la muerte de Buch...

—Sabes que no —atajó Carmon—. La venganza no figura en nuestros planes. Te hemos traído lo pactado. Cumple tú tu palabra...

— ¿Y si no la cumpliera, acabaríais con todos nosotros?

—No llevamos armas —confirmó Carmon, que era justamente lo que su enemigo quería saber—. No llevamos armas, porque jamás

hemos pensado en usarlas. Confiamos en tu palabra.

—Y hacéis bien. Muy bien... Todo quedará arreglado en seguida —y Rélegan se volvió hacia Kolmer, para advertirle—. Puedes empezar...

Bajo las capas brillantes que ocultaban sus cuerpos, surgieron los tubos metálicos. Cada guardián era portador de una de aquellas armas de probada eficacia, con las que la gente de Carmon fue encañonada.

— ¿Qué significa esto, Rélegan? —exclamó Carmon, irritado por la burla.

— ¡Te lo advertí, no debiste fiarte de él! —intervino Quiro.

—Si tuviéramos armas... —adujo, por su parte, Dary.

— ¿Dónde está Shark? ¿Qué es lo que pretendes, Rélegan? ¿Qué nueva canallada has maquinado? —le apremió Carmon, que por primera vez en su nueva y libre existencia, daba claras muestras de explosivo enojo y parecía dispuesto a luchar contra su cínico enemigo.

—La culpa no es mía. El imbécil de Shark quiso huir por su cuenta. Y mi gente tiene órdenes estrictas en este sentido...

— ¡Lo has matado! —exclamó Quiro.

—Repito que él se lo ha buscado. De no ser un estúpido, ahora estaría aquí. No tenía por qué retenerlo.

Quiro se avalanzó contra Rélegan con ánimo de agredirle.

—Fuera... ¡Quitármelo de encima!

Con las manos asidas a su cuello, Quiro apretaba con furia.

—Eres indigno de nuestra raza.

Los guardianes se apresuraban a separar a Quiro de Rélegan, mientras, el ciudadano que acompañaba a la misión quiso intervenir para ayudar a su hermano.

—Quiro tiene razón. Hay que darles un escarmiento.

Otro de los guardianes no pudo contenerse y disparó su tubo, alcanzándole de lleno.

El ciudadano cayó fulminado por el gas, mientras otro de los pilotos intentaba, arrebatar una de las armas al guardián que tenía más próximo.

Hubo un forcejeo en el que los otros, acorralados por los tubos letales, no pudieron intervenir.

— ¡Basta! No quiero mataros a todos —gritó Rélegan—. Pero no intentéis luchar contra nosotros con las manos vacías.

Quiro había sido golpeado y lanzado lejos. Renqueante, se levantó, ayudado por Carmon, mientras Dary se contenía a duras penas, sobre todo ante el temor de que otro impacto de gas pudiera acabar con su vida.

—Tomaré mis bólidos y lo mío, y vosotros largaos. Dad gracias a que me siento generoso...

—Esto lo pagarás, Rélegan —espetó Quiro.

—Ahora ya no. Tengo una programadora. Un cerebro planificará las armas que necesito. Si pretendéis atacarme, seré tan poderoso como vosotros y os aniquilaré. Estáis advertidos...

Nada podían hacer. La amenaza de aquellos tubos seguía siendo un aviso de que cualquier intento de rebelión sería el último de su vida.

Regresaron los cinco supervivientes en silencio.

La furia de Quiro contrastaba con la consternación de Carmon.

—He buscado la paz por todos los medios. ¿Qué puedo hacer más?

—Una sola cosa, Carmon. La guerra. Rélegan y los de su ralea deben desaparecer —sentenció Quiro.

La noticia de la suerte de Shark, juntamente con la del ciudadano que había acudido con la misión, fue la gota que rebasó el vaso de la paciencia de los más prudentes.

Y aunque todavía quedaba gente dispuesta a olvidar y perdonar, ya eran mayoría los partidarios de dar un buen escarmiento a Rélegan.

— ¡Armas! ¡Pedimos que fabriquen armas! —era el grito unánime de la Sala Cívica, donde solían tener lugar todas las

reuniones.

Cuando Carmon regresó, abatido, a su casa, comentó con Marusa:

—Yo no puedo impedir que hagan su voluntad. Pero éste es el fin de una paz efímera. La envidia ha dado paso a la muerte y la sangre pide nueva sangre...

La voz infantil de un muchacho de ocho años irrumpió en la estancia.

— ¿Es verdad que habrá una guerra, papá?

Carmon miró profundamente a los ojos de su hijo primogénito, Carmon II, que añadió:

—Dicen que Rélegan es malo. Ha matado a cuatro de los nuestros y nos ha robado. ¿Es verdad?

—Sí, hijo. Es verdad.

—Entonces, es justo castigarle, ¿verdad? La historia habla de castigos...

—Sí, hijo. Pero nadie aprende de la historia. Es una pena.

CAPITULO IX

La superior inteligencia de los ciudadanos del poblado de Carmon consiguió planificar una clase de armamento superior a lo imaginable. Gases reforzados; células y rayos de larga distancia eran capaces de destruir cualquier poblado de mayor envergadura que el que pensaban atacar.

Bólidos espaciales con blindaje de seguridad a prueba de las propias armas que fabricaban, completaron el equipo de guerra, en un espacio de tiempo record.

En el alba 3095 estaba todo dispuesto para el raid contra el poblado de Rélegan.

Por su parte, en el bando opuesto, los trabajos se habían realizado de forma más lenta y Rélegan, consciente del peligro que corría, ordenó a su compañera y a su único hijo Rélegan II que se refugiasen en las montañas próximas. Mientras tanto, procuraba captar la onda del poblado de Carmon y así pudo enterarse de los inminentes planes de ataque.

Lo que no pudo saber fue el alba exacta elegida por sus vengadores, porque Koren, a última hora, había intuido la posibilidad de ser detectado.

—No podemos ignorar la posibilidad de que ellos posean nuestros mismos adelantos. Por ello, es necesario que obremos con tacto.

Como colofón al equipo destructor, Koren ideó unos detectores que podían descubrir su objetivo a considerable distancia.

Ya sólo faltaba, pues, dar la orden de marcha, que dejaría el poblado vacío de entes masculinas para restar, únicamente en él, los hijos con sus respectivas madres.

Carmon quiso hacer un llamamiento final y lo hizo en la base, donde ya todo estaba preparado.

—No es necesario destruir a todo un poblado. Hay inocentes allí. Gentes que nada tienen que ver con la ambición y la soberbia de Rélegan.

Alguien opinó que era una raza mala y que lo mejor era acabar con la raíz...

—Meditadlo bien. Un genocidio nos marcará para toda la vida...

—Ellos quisieron separarse para sembrar el malestar. Hubiéramos tenido que eliminarlos entonces, y ahora no tendríamos que lamentar el mal que han hecho.

Koren, al lado de Carmon, le palmeó la espalda.

>—Déjalos. Son libres. Tú ya has hecho lo que has podido. En el fondo no puedes pedirles que obren en desacuerdo con lo que están deseando…

Cabizbajo, Carmon acompañó a su buen amigo y colaborador.

Poco después, la flota aérea partió de la base.

A través de las distintas pantallas, perfeccionadas y con una imagen totalmente nítida, pudieron ver cómo los vehículos, veloces, se dirigían hacia su objetivo.

Utilizaban la supervelocidad y pronto llegarían a su destino.

Al cabo de un largo silencio, Koren hizo notar:

—Vuelan sobre el cañón. Ya han divisado sus objetivos.

Nadie informaba. Todos se habían asignado ya una misión concreta que no necesitaba de consejos.

La misión era la de destruir, destruir y destruir...

Dary, uno de los pilotos, fue el primero en descubrir su objetivo y fijar, desde el vehículo, la posición de tiro del primero de los rayos.

— ¡Atención! Voy a abrir fuego.

Salió disparado hacia el objetivo y pulsó la palanca de disparo.

Un rayo surgió de la parte alta de su aparato y en un instante una hoguera anunció que había dado en el blanco.

La sede de Rélegan había quedado totalmente difuminada.

Pero su propietario no se encontraba allí. Apremiaba a los de las fábricas y daba órdenes a través de dictáfonos para que se apresurasen las defensas.

Pero era demasiado tarde. Un segundo rayo alcanzó todo un nudo de viviendas, dejándolas reducidas, al instante, en simples llamaradas que consumían rápidamente material y seres vivientes.

Una lluvia de rayos cayó sobre la fábrica y allí cayó Rélegan, abrasado por los efectos de aquellas armas sin límite.

A partir de este momento hubiera podido terminar la lucha, pero la sed de venganza impulsaba a los que la llevaban a cabo a seguir hasta sus últimas consecuencias.

— ¡No debe quedar ni un ser vivo! —exclamó Dary, recodando la consigna.

La lluvia de rayos se intensificó dejando, en un breve espacio de tiempo, a todo un poblado totalmente calcinado.

Si algo quedaba en pie, era en el subterráneo donde había existido la fábrica, pero los rayos habían penetrado por allí también, completando su labor destructora.

Ya no quedaba nadie con vida en el poblado. Un montón de cenizas que el viento se llevaba era el punto final a una guerra relámpago, que había terminado con los disidentes de una raza.

— ¡Misión cumplida! —gritó Dary, a través de los emisores.

Les vehículos se volvieron hacia la base después de hacer un par de pasadas triunfales sobre lo que sólo era un llano arrasado.

No. Rélegan ya no podría incordiar más a sus hermanos de raza. Había pagado su soberbia con su vida, y la de la gente que creyó en él.

Pero allá en la montaña, un niño de ocho años y su madre, habían sobrevivido a la tragedia.

Un niño que vio partir los bólidos. Un niño que, en silencio, había visto su poblado arder.

- ¿Qué ha pasado, mamá? ¿Qué nos han hecho? —pregunto.

Su madre lloraba. El rencor anidaba en su cuerpo y el odio se le salía por las cuencas de sus ojos.

— ¿Qué nos han hecho? —repetía el niño.

—Lo han destruido todo. ¡Han matado a tu padre! ¡Lo han matado! —exclamó la madre.

—Vamos, mamá. Vamos a casa —dijo Rélegan II.

—No tenemos casa, hijo. No tenemos nada. ¡Pero se acordarán de esto! ¿Lo comprendes, hijo? ¡Tienen que acordarse!

—Sí, mamá... Algún día... lo pagarán —y Rélegan II volvió sus ojos hacia el cielo.

Los bólidos habían desaparecido.

Segunda Parte

CAPITULO PRIMERO

Corría el alba 15020. La guerra relámpago era historia y nada había importunado la paz de un poblado que había visto incrementar su censo hasta más de diez veces.

Les hijo., de las parejas primitivas habían procreado. Los primeros padres eran ya abuelos, y el engrandecimiento del poblado había llegado hasta la creación de núcleos alejados, con fabricación y medios de vida propios.

La técnica seguía avanzando y Koren, su principal ejecutivo, contaba con un equipo de gente bien adiestrada que trabajaba siempre en pos de lograr una mayor perfección.

El único suceso importante en todo este período fue la desaparición de una muchacha joven que jamás había logrado encontrarse. Pero de esto hacía ya mucho tiempo.

En su momento se habló de la posibilidad de que cayera al río y que la fuerte corriente la hubiera arrastrado. Luego, agotados todos los trabajos, el asunto, se dejó como insoluble y el tiempo fue borrando los ecos del suceso.

En una de las fábricas de los núcleos alejados fue a inscribirse

alguien procedente de la Ciudad Piloto, como se la llamaba ya.

—Me llamo Corban y prefiero los alrededores. Me han dicho que podrían admitirme.

Por supuesto, había trabajo para todos, sólo era menester fijar una especialidad.

Corban manifestó su competencia en rayos con fines pacíficos.

—Esta es una materia que apenas se toca. Nos hace falta un buen técnico —le dijo el encargado. Era Quiro.

A Corban le fue asignada la sección en la que, prácticamente, trabajaba solo.

Se dedicó, en principio, a cotejar sus propios apuntes con los de la programación, e introdujo algunas modificaciones que posteriormente mostró a Quiro.

—Esto va muy bien, sí señor —murmuró el encargado—. Tiene usted ingenio. Tiene que conocer a Koren; seguro que le encantará cambiar impresiones con usted.

— Ya conozco a Koren. En realidad, conozco a todo el mundo, pero lo que me gusta es trabajar solo. En todo caso, me gustaría que mi hijo me ayudara, sé que podría convertirse en un gran técnico.

—Pues ya puede traer a su hijo —aceptó Quiro.

Corban II, aparentaba, por su físico, unas ocho mil y tantas albas **(1)** y parecía haber heredado la inteligencia de su padre.

Ambos, padre e hijo, pasaban horas en silencio manipulando la programadora y haciendo pruebas en pequeña escala. Corregían sus propios cálculos y rectificaban fórmulas.

Una pantalla iba facilitando los datos con los resultados obtenidos. La potencialidad de los rayos aumentaba a cada nueva prueba, pero los Corban, sobre todo el padre, no parecía estar totalmente satisfecho.

En sus ratos libres, padre e hijo se dedicaban a recorrer las instalaciones y en los días de asueto se metían por los canales subterráneos examinando atentamente los distintos pasadizos, sus enclaves concretos, el emplazamiento exacto de las galerías y sus

desembocaduras.

Ya más adelante, provistos de unas excavadoras automáticas, abrieron, siempre en silencio, un boquete a una de las paredes y perforaron un buen trecho, teniendo cuidado, posteriormente, de laminar la entrada para que ninguna inspección pudiera descubrir el boquete.

La tierra extraída era arrastrada por la fuerte corriente de agua de la principal arteria subterránea de desagüe.

En una de aquellas jornadas de trabajo, Koren giró una visita a la fábrica y Quiro le presentó a Coran.

—Me han hablado muy bien de ti. No te recuerdo muy bien

—Trabajé en laminados, pero preferí cambiarme a la sección de rayos.

—Sí, creo que recuerdo algo... ¿Qué tal las investigaciones?

(1) Unos 28 años, aproximadamente.

—He mejorado algo la potencia prevista por las programadoras. Observa —y Corban mostró su trabajo.

Koren se mostró muy satisfecho.

—Un trabajo excelente. Yo siempre dije que la potencia del rayo no tenía límites, pero la verdad es que no parece que tengamos necesidad de utilizarlo.

—Nunca se sabe.

— ¿Te refieres a una posible guerra con habitantes de otros planetas?

— ¿Por qué no?

—Ya conoces el criterio de Carmon. Prefiere las negociaciones.

—No siempre las prefirió. Recuerdo lo del alba 3095.

—Aquello él no lo aprobó. Fue todo el pueblo. Una voluntad imposible de frenar. No sé si estuvo bien o no, pero desde entonces no hemos vuelto a tener problemas. Fue lamentable tener que acabar así, pero no fuimos nosotros quienes lo provocamos. Personalmente, prefiero no hablar de esto.

—Es lógico... A mí tampoco me gusta recordarlo.

— ¿Tú fuiste, verdad? ¡Oh, no! Debías ser un niño.

—Sí, era un niño, pero lo recuerdo —repuso Corban, inexpresivamente.

—Bien. Creo que tu labor no puede mejorarse —adujo Koren, tras un breve silencio—, puedes elegir otro departamento. Tienes la mente despierta y tu inteligencia se desarrolla al máximo, por lo que se ve.

—Procuro ejercitarla.

Koren, metido siempre en la investigación, olvidó aquella entrevista rutinaria.

Corban, por su parte, manifestó su abierto deseo de dedicarse a la perfección de los Servicios del Colector.

Siendo el perfeccionamiento de los sistemas la base principal del trabajo por el que se regía la ciudad, se concedió a Corban la plaza solicitada en la que, igualmente, le ayudó su hijo.

Al cabo de unas jornadas, Corban había establecido un servicio de refuerzo del laminado que ofrecía una total protección a las ya de por sí suficientemente protegidas paredes de las galerías subterráneas.

En realidad, Corban, ayudado por su hijo, dedicaba la mayor parte del tiempo en profundizar la nueva galería que había abierto, la cual llegó a convertir en una auténtica fortaleza subterránea.

Aquella extraña labor le ocupó bastante tiempo, porque no solamente construyó un auténtico bunker, sino que le proporcionó la aireación debida e instaló en él una serie de aparatos con los cuales era posible ver el exterior, dependencias de diversas fábricas y ciertos puntos de la superficie, en especial la morada de Carmon.

Unas toberas que conectaban con una parte de la galería subterránea, ocultas bajo la superficie, fueron posteriormente

conectadas con un punto determinado de la fábrica en la que había trabajado últimamente. Todo lo que hacía Corban lo realizaba concienzudamente, repitiendo y subsanando lo que le parecía imperfecto. No demostraba la menor prisa en la consecución de su obra.

Llevaba ya muchas albas trabajando en diversas secciones. En todas ellas había procurado adelantos, pero también había laborado por su cuenta.

Una de las pocas veces que padre e hijo hablaron durante el trabajo, Corban II preguntó:

— ¿Calculas que falta mucho tiempo, papá?

—Para hacer las cosas bien, sí. No quiero que cuando llegue el momento algo falle.

—De acuerdo, pero, ¿y si sospechan?

—Hace tiempo que deberían haber sospechado, hijo. No. Por ese lado, no temo en absoluto. Soy un ciudadano más.

—Pero mostraste a Koren tu trabajo respecto a los rayos...

—Le mostré sólo lo que me convenía mostrar. Mis rayos, y tú lo sabes, han multiplicado por diez la potencia que ellos suponen que tienen.

—Entonces...

—Cuando todo esté dispuesto, hijo, esta ciudad y todas las de la periferia, quedarán totalmente destruidas. Ellos hicieron lo mismo con la nuestra. No quedó nada. Todos murieron.

—Quedaste tú y la abuela.

—Exacto. Fuimos los elegidos para la venganza. Y si yo no pudiera llevarla a cabo, tú me sustituirías... Lo has prometido.

—Y estoy dispuesto a cumplirlo, papá —replicó Corban II.

No. Evidentemente, nadie conocía la personalidad auténtica de los Corban. Todos ignoraban que, bajo aquellos falsos nombres, se ocultaban los descendientes de Rélegan.

CAPITULO II

La madre de Rélegan II, no había cesado, ni un solo momento, de inculcar en la mente de su vástago la idea de la venganza.

Solos en la región, viviendo como alimañas, fue dura para ellos la vida. Tuvieron que invernar en cuevas inhóspitas y alimentarse como los primitivos. Aún esto fue más pasable, porque el agua cristalina y los frutos mantenían todo su vigor. Lo peor fue el sentirse relegados de la sociedad a la que el jefe de la familia había pertenecido y de la que renegó. Temían volver y aquella soledad a la que no estaban acostumbrados, fue su peor tortura. Habían probado ya las ventajas de los adelantos que, con su inteligencia, habían hecho más confortable la vida y de allí se había visto obligados a volver al primitivismo. Y aquella soledad aumentó el odio de ambos.

Lo poco que había quedado de la fábrica subterránea inició a Rélegan II en las prácticas de los instrumentos bélicos. Se dedicó a reparar la programadora y a leer los pocos libros de ciencia que quedaban; libros o trozos de cinta impresa que enseñaban secretos de la técnica.

Con el paso de las albas, Rélegan fue creciendo y sintió la necesidad de emparejar. No ya sólo por su deseo fisiológico, sino por tener descendencia en quien delegar su venganza si él no podía llevarla a cabo.

Así fue cómo madre e hijo planearon secuestrar a una muchacha de la ciudad.

La elegida fue una joven de unas cuatro mil quinientas albas **(1)**, que regresaba del Centro de Estudios.

Como Rélegan II no era conocido en el lugar, le fue fácil acercarse a la muchacha sin despertar sospechas ni recelos. No podían reconocerle. A pesar de todo, él buscó la oportunidad en un momento en que la elegida estaba alejada de sus habituales compañeras.

(1) Unos 15 años.

Fingiendo su deseo de dar un paseo con ella, se alejó del núcleo central y cuando ella expresó su deseo de regresar, Rélegan la obligó a salir.

— ¿Qué te propones? Estamos lejos. Pronto va a oscurecer... A estas horas debo estar en mi morada.

—Irás donde yo diga.

— ¿Quién eres tú para darme órdenes?

—Quiero que me des un hijo. Necesito un heredero —dijo Rélegan, sin ambages.

—Pero ¿qué dices? Si ni siquiera nos conocemos... Yo tengo mis amigos... El que tú me hayas resultado simpático no quiere decir que tenga que acceder a tus exigencias.

—No son exigencias, ni te estoy suplicando. Simplemente, necesito un heredero. Y me lo darás, por las buenas o por las malas.

La presencia de la madre de Rélegan intimidó a la muchacha, que no tuvo otra opción que acceder.

* * *

Nació hembra, lo cual causó una gran contrariedad a Rélegan, pero no por ello desistió.

—Tendré un varón. Si no me das un varón, te aniquilaré.

Asustada y temerosa por su suerte, la pobre muchacha, que ya estaba siendo inútilmente buscada, permaneció como forzada compañera de Rélegan, deseando fervientemente poder darle un hijo y verse libre, pero, a la vez, tenía con ella a una pequeña a quien cuidar y, quisiera o no, era hija suya a la que quería con todo su ser.

Aterrada por su porvenir y el de la pequeña, vivió otra larga temporada expuesta siempre a las iras de su raptor.

Al fin nació el varón.

—Ahora tienes que cuidarlo bien para que no le ocurra nada. Yo no creo demasiado en el período indefinido de vida —dijo Rélegan, despectivamente.

Al cabo de 300 albas, el vástago ya se tenía en pie, sonreía y parecía gozar de la nueva vida que se abría ante él.

— ¿Qué piensas hacer con *ella*? —preguntó la madre de Rélegan, refiriéndose a la hembra que le había dado los dos hijos.

— ¿Qué crees que puedo hacer con una que pertenece a ellos? Es una enemiga, ¿verdad?

—Exacto, hijo. Veo que piensas lo mismo que yo...

Rélegan II llevó a la que le había dado su descendencia a los altos acantilados que bordeaban la costa y, desde allí, se propuso llevar adelante su plan...

— ¿Por qué me has llevado aquí? No me dices nada. He hecho lo que me has pedido. ¿Por qué no me devuelves a la ciudad con los míos? Sé que desde que dejaron de verme estarán sufriendo.

— ¿Y qué me importa a mí su sufrimiento?

Estaban frente a frente. El la sujetó con brusquedad, colocándola de espaldas a la sima.

Ella presintió su trágico fin y gritó:

— ¡NOOOOOO...!

Su voz se perdió en el vacío, hasta que el golpe mortal puso fin a la caída.

El agua hundió lentamente su cuerpo, que jamás fue encontrado.

—Si algún día mis hijos saben esto… —murmuró Rélegan, pero su madre le tranquilizó.

— ¿Por qué tienen que saberlo? Yo misma les contaré que fue un accidente…

—Pero deben saber la verdad de nuestro plan.

—Lo sabrán, hijo. Lo sabrán. De eso me encargo yo. Odiarán tanto al poblado como lo odiamos tú y yo en estos momentos…

* * *

Dejaron que el tiempo transcurriera. Rélegan II, con un aparato, detectaba lo que ocurría en la ciudad. Estaba al tanto de su crecimiento.

Los que habían sido niños como él trabajaban ya en las fábricas u ocupaban puestos en los Centros de Estudios, en los Estudios de Informática o en los Laboratorios.

El aumento de población hacía más difícil que se reconociera la gente entre sí, aparte de que con la disgregación del núcleo central, las familias se habían distribuido por distintos puntos de la primitiva región.

Era el momento óptimo para dirigirse a la ciudad.

Usando de la libertad que imperaba, construyeron su vivienda con los materiales que les suministró una fábrica especializada y Rélegan, adoptado ya el nombre de Corban, se puso a trabajar en la sección de laminados. Fue su primera experiencia y también su primer trabajo para el plan preconcebido.

CAPITULO III

Carmon II había pasado una larga temporada ausente, como especialista en la construcción de un nuevo tipo de viviendas en la ciudad satélite más alejada del núcleo principal o Ciudad Piloto.

Necesitaba una información complementaria para la programación de la emisora local, en su rama de Historia y tuvo que acudir al Centro de Estudios para conseguir las cintas que buscaba.

Fue atendido por Senda, una hembra de ojos grandes y mirada exótica.

Carmon II nunca había tenido demasiado tiempo para pensar en fundar una familia. Por lo menos, hasta aquel momento su tiempo había sido enteramente ocupado por el trabajo y los estudios. Al igual que su padre, sólo pensaba en laborar, en hacer algo positivo, en conseguir para la ciudad la suma perfección.

Sin embargo, cuando aquel par de ojos rasgados se cruzaron en su camino, Carmon II se olvidó de lo que había ido a buscar al Centro de Estudios.

— ¿Eres nueva? —preguntó.

—Depende de lo que entiendas por nueva... Llevo ya bastante tiempo en la sección.

— ¡Lo que me he perdido por no venir más a menudo! Te invito esta noche a la morada de los míos.

—No puede ser.

—Oye. ¿Por qué no puede ser?

—Tengo quien me espera.

—Debí suponerlo. Es una lástima...

Codiciar lo que era de otro no entró jamás en los cálculos de nadie y Carmon II no era una excepción, pero lamentó profundamente que la muchacha no pudiera llegar a ser su compañera.

Tuvo que volver al Centro de Estudios y nuevamente fue atendido por Senda.

— ¡Hola! Estoy otra vez aquí. Necesito la 3027. Trata sobre las guerras de otros mundos. Es un tema que interesa mucho a la juventud. Quiero que la emisora esté programada a gusto de todos. También necesito un repertorio de viejos sonidos.

Cuando obtuvo lo pedido, preguntó:

— ¿Hoy también estás comprometida?

—Sí —repuso ella.

Era, prácticamente, el momento del cierre y Carmon II se entretuvo charlando con un conocido, cerca de la salida del Centro de Estudios.

Hablaban de las nuevas técnicas en vuelos espaciales.

—No es mi fuerte, pero estoy seguro que está próximo el alba en que podamos alcanzar otros planetas. De momento, ya los detectamos —y se volvió, súbitamente, al ver la esbelta figura de Senda—. ¡Va sola! —exclamó, sin poderlo remediar.

— ¿De qué estás hablando? —inquirió su amigo, extrañado.

—Me dijo que tenía un compromiso, pero va sola. ¡Oh, disculpa, tengo algo que hacer!

Senda montó un vehículo propio Carmon II la siguió a prudente distancia con el suyo.

La morada de la joven estaba en una zona medianamente apartada del centro neurálgico y ligeramente distante de la vivienda más próxima.

Carmon II dio un rodeo a la casa y observó, por la parte trasera, cómo la joven entraba en la casa.

Aquella noche, en su casa, conectó con el servicio automático de

información del Censo para averiguar quién vivía en la morada, y la respuesta fue: Corban.

La familia Corban, oficialmente, estaba compuesta por la pareja primitiva, más dos hijos.

Naturalmente, no existía ninguna pareja primitiva, pero la madre del falso Corban apenas salía de la morada y, oficialmente, pasaba por ser la pareja de su hijo, a fin de evitar sospechas, puesto que la gente no emparejada, por lo general, carecía de descendencia. Por otra parte, la diferencia de edad entre madre e hijo no se apreciaba demasiado a simple vista, pero, de ser muy patente, tampoco habría extrañado a nadie en un habitáculo donde predominaba la libertad y nadie comentaba nada respecto a los demás.

No obstante, y para no dar lugar a dudas, los descendientes de Rélegan se habían inscrito de tal manera, y así, Carmon II supo que la muchacha de ojos rasgados estaba libre.

— ¿Por qué me habrá mentido? —se preguntó Carmon, tras la consulta del Censo—. Tendré que averiguarlo.

A partir de este momento, menudearon sus visitas al Centro de Estudios y consiguió, no sin trabajo, que Senda le hiciera algún caso.

— ¿Por qué insistes tanto en ir conmigo? —preguntó ella.

— ¿No lo adivinas? Creo que es bien simple. Me gustas. ¿Acaso te repugna algo de mí?

—Yo no he dicho esto.

—Simplemente, que no te gusto —sonrió él.

Iban paseando bajo el tibio sol de mediodía de una primavera esplendorosa. El la miraba con aquel sentimiento que es imposible ocultar a un enamorado.

—Sí, me gustas.

—Entonces...

—Es que no estoy decidida.

— ¿No piensas emparejarte nunca?

—No he dicho eso. Pero tienen que suceder muchas cosas.

— ¿Qué cosas?

—No lo sé… El tiempo lo dirá.

—Yo te diré lo que va a suceder. Viajaremos a los planetas próximos. Estudiaremos su atmósfera. Averiguaremos si hay habitantes y si precisan de nuestra ayuda. Esto es lo que está programado que suceda.

Pero ella no contestó. Sin embargo, a menudo le observaba con una mezcla de deseo y repulsión.

— ¿Qué te pasa, Senda? Pareces asustada. ¿Temes algún peligro? Puedes confiar en mí…

—No es nada. Ya te lo dije. No estoy decidida.

A Carmon II el paseo le pareció muy corto, pero ella, inexorablemente, le despidió.

* * *

— ¡El hijo de Carmon! —exclamó la viuda de Rélegan.

Sonrió maquiavélicamente y añadió:

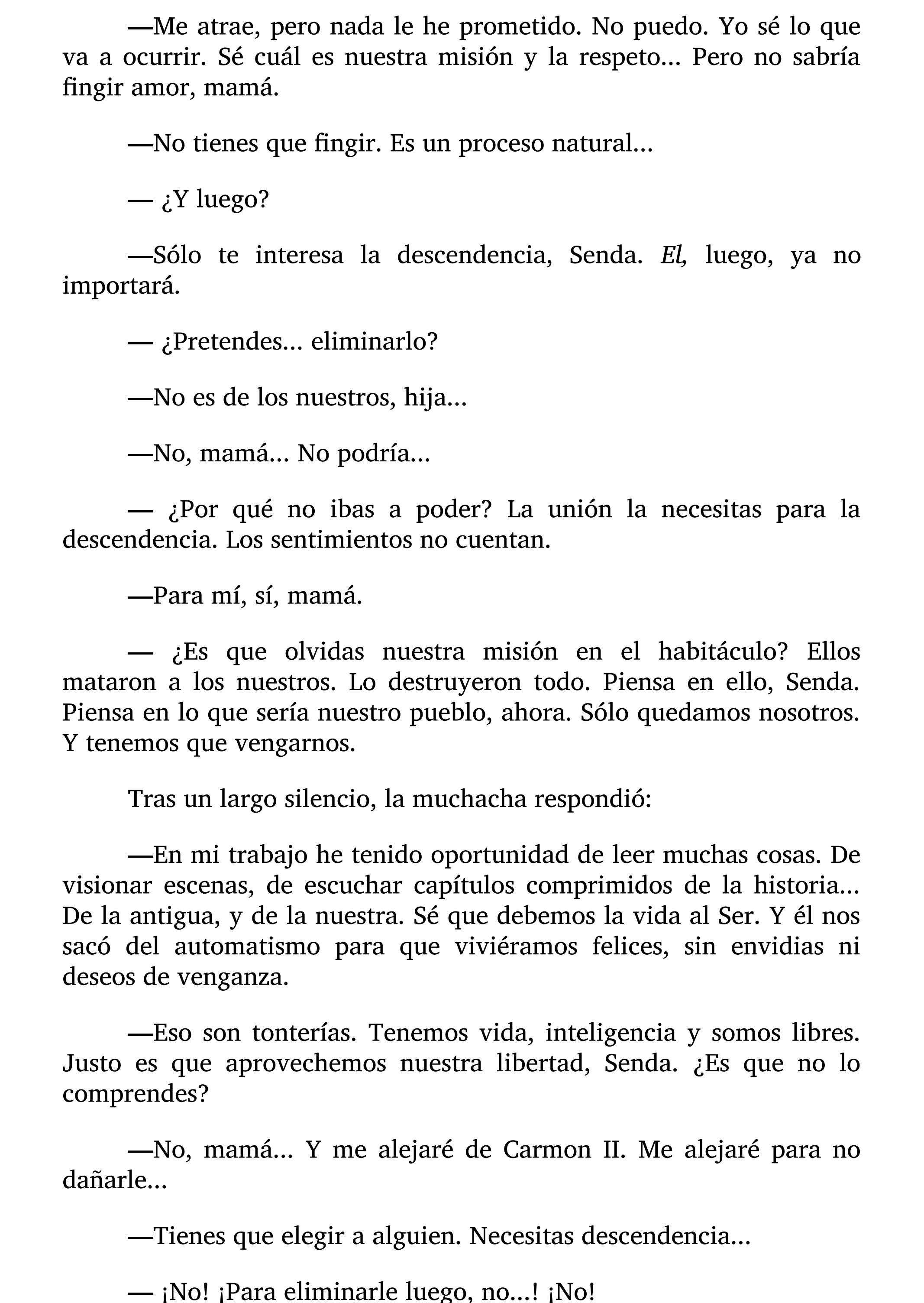
— ¿Por qué no? ¡Un heredero del gran Carmon! No estaría mal. Te conviene tener un heredero, hija… Vamos a ser los primates de una nueva raza. Necesitas un hijo… igual que lo necesitó tu hermano. Sí. Un hijo de Carmon. Es lo mejor que podía ocurrir. La venganza completa.

—No te entiendo, mamá…

—No importa, Senda. No importa que no me entiendas. Pero necesitas un heredero, igual que tu hermano.

— ¿Y por qué precisamente él?

— ¿Le llamas *él?* Luego te interesa…



—Me atrae, pero nada le he prometido. No puedo. Yo sé lo que va a ocurrir. Sé cuál es nuestra misión y la respeto... Pero no sabría fingir amor, mamá.

—No tienes que fingir. Es un proceso natural...

— ¿Y luego?

—Sólo te interesa la descendencia, Senda. *El,* luego, ya no importará.

— ¿Pretendes... eliminarlo?

—No es de los nuestros, hija...

—No, mamá... No podría...

— ¿Por qué no ibas a poder? La unión la necesitas para la descendencia. Los sentimientos no cuentan.

—Para mí, sí, mamá.

— ¿Es que olvidas nuestra misión en el habitáculo? Ellos mataron a los nuestros. Lo destruyeron todo. Piensa en ello, Senda. Piensa en lo que sería nuestro pueblo, ahora. Sólo quedamos nosotros. Y tenemos que vengarnos.

Tras un largo silencio, la muchacha respondió:

—En mi trabajo he tenido oportunidad de leer muchas cosas. De visionar escenas, de escuchar capítulos comprimidos de la historia... De la antigua, y de la nuestra. Sé que debemos la vida al Ser. Y él nos sacó del automatismo para que viviéramos felices, sin envidias ni deseos de venganza.

—Eso son tonterías. Tenemos vida, inteligencia y somos libres. Justo es que aprovechemos nuestra libertad, Senda. ¿Es que no lo comprendes?

—No, mamá... Y me alejaré de Carmon II. Me alejaré para no dañarle...

—Tienes que elegir a alguien. Necesitas descendencia...

— ¡No! ¡Para eliminarle luego, no...! ¡No!

La muchacha se alejó con lágrimas en los ojos. Sentía el dolor de

la frustración de su vida. No podía, no *debía* emparejar con nadie. Sus sentimientos eran muy distintos a los de los suyos. No creía en la venganza.

Salió fuera de la casa. Quería pasear, pensar...

En el exterior se encontraba todavía el joven Carmon II, pensativo, preocupado por el misterio que rodeaba a la muchacha que había elegido para compañera.

La vio salir y la siguió en su bólido. Ella se alejaba rápidamente, deseando estar sola, meditar.

— ¡Senda! —la llamó, aproximándose.

— ¡Déjame en paz! ¡Te lo ruego! —exclamó ella, tratando de alejarse.

Carmon salió del vehículo para seguirla.

—No te vayas. Te lo ruego. Si tienes algún problema, cuéntamelo. Me gustaría aconsejarte, si es que puedo...

— ¡Déjame!

El la alcanzó.

Ella no quería saber nada del joven. Pero Carmon II fue muy persuasivo. Aquel mismo atardecer culminaban sus anhelos.

Senda era feliz y desgraciada a la vez. Pero se hizo una promesa solemne. Pasara lo que pasase, jamás abandonaría a Carmon II.

CAPITULO IV

Rélegan II, bajo la identidad de Corban, completaba su trabajo en las torres de transmisiones de los pequeños poblados satélites.

Su labor, en cuanto a engrandecer el poder de captación de sonidos, fue muy positiva, aunque, naturalmente, esto era sólo una tapadera de sus propósitos finales.

—Pronto estará todo listo —dijo a su madre.

— ¿Cuándo? —preguntó ella.

—Faltan muy pocos detalles. Ya tengo la nave preparada para que podamos huir todos.

— ¿Estás seguro de que nada puede fallar?

—Absolutamente seguro. —Y desplegó un plano ante ella y ante su hijo, que se hallaba presente en la pequeña reunión familiar—. Aquí están las instalaciones. Conectadas por toda la ciudad a través de los canales subterráneos. Los explosivos conectados a través de las ondas que expanderán hasta los últimos puntos civilizados. Cada habitáculo, cada edificio, cada pedazo que esté habitado, queda conectado. Será una explosión en cadena que podré desarrollar desde el aire,

— ¿Desde el aire? —preguntó la madre.

—Sí. Ahora sólo falta que nuestro hijo se instruya en el manejo de las naves, a fin de explorar el terreno espacial. El tiempo en que yo tarde en construir otra nave infinitamente más potente. Cuando posea esa nave emprenderemos el viaje definitivo. Desde el espacio, manejaré a distancia los aparatos que concluirán con todo este habitáculo. Sólo quedaremos nosotros...

Hubo un silencio general, interrumpido por la madre de Rélegan II.

— ¿Y Senda?

—Este es un problema que dejo de tu mano, madre.

—Ella no quiere separarse de Carmon II. Su hijo va creciendo y ya tiene otro en camino.

—Habrá que convencerla.

El hijo de Rélegan II sacudió la cabeza, de forma negativa.

—Conozco a mi hermana, papá. No accederá.

—Bien, hijo. ¿Tú qué opinas que debe hacerse?, porque yo sólo veo un camino.

Rélegan III sonrió.

—Yo emprenderé ese camino, papá…

—De acuerdo. Ocúpate de Carmon II. Cuanto antes. Para que cuando llegue el momento, tu hermana ya esté convencida de que su camino es seguir a su familia…

—Sí, papá. Me ocuparé en seguida —y Rélegan III fue a buscar, entre sus pertenencias, un artefacto cilíndrico de escasa envergadura. Un tubo inofensivo, provisto de un pulsador. Lo tomó entre sus manos. Tenía escaso peso. Bastaba apuntar y…

* * *

Bastaba apuntar y una rápida llamarada difuminaba el blanco.

El cuadrumano desapareció instantáneamente.

Rélegan III guardó el pequeño tubo cilíndrico. Funcionaba a la perfección y nadie había visto cómo lo probaba. Ahora sólo tenía que ir a la espera de Carmon II, que estaba justamente en la fábrica de naves.

«Haz que parezca un accidente fortuito», le había indicado su padre.

Rélegan III estaba inscrito ya como futuro piloto de prácticas en la fábrica.

En la pista despegaban continuamente pequeños bólidos experimentales, y otros de mayor envergadura, en su misión de investigar el espacio y descubrir nuevos planetas habitados.

Rélegan ocupó una plaza en la sección de Carmon II.

El encargado sostenía una conversación con Carmon, en aquellos momentos.

—Lo que deseo es un pequeño bólido de recreo para ir con mi familia. Quisiera uno de las de tipo Omega.

—Nos falta perfeccionarlas. Además, se necesita un aprendizaje especial. No están del todo completas. Y ya sabes que nuestra norma es trabajar bien, sin precipitaciones.

Rélegan III se hallaba allí y se ofreció:

—Me gustaría probar a mí también. Puedo ir con Carmon II. Un vuelo simple...

—Una buena idea. Corban tiene experiencia. Su padre ha dado pruebas de una gran inteligencia, perfeccionando muchos de nuestros métodos. Podemos hacer un viaje corto.

—Bien... Pero siguiendo siempre las instrucciones de la base —repuso el encargado.

El vuelo quedó concertado. Para Rélegan III era su oportunidad de eliminar impunemente a Carmon II, y de este modo, dejar libre a su hermana.

—Tomaré esta nave. Iniciaremos el viaje mañana —dijo Carmon.

Para Rélegan III todo era muy sencillo. Sólo tenía que interceptar la transmisión visual y esto resultaba sumamente fácil.

Aquella noche, cuando la fábrica estaba desierta, se dirigió a la base, montó en la nave elegida por Carmon II y con unas sencillas manipulaciones dejó la cosa tal como él deseaba.

—Ahora está bien... Mañana, con una simple maniobra, la nave dejará de transmitir imágenes.

Lo comentó en su casa.

—Todo listo, papá. Será un simple accidente. Mi explicación será totalmente convincente.

—No, hijo. Tu hermana sospecharía, si le ocurre algo a Carmon estando tú cerca de él.

—Entonces…

—Otro irá en tu puesto.

—Pero ¿cómo conseguirás que Carmon desaparezca?

—Desde aquí. Será un buen experimento. Tengo dispuesto el rayo invisible. Funciona con su contacto con las ondas. Lo dirigiré hacia la nave y lo fulminaré. Nadie sabrá, exactamente, lo ocurrido. Y nosotros quedaremos libres de sospecha.

Una potente cámara estaba ya a punto para seguir la evolución de la pequeña nave que debía tripular Carmon II en la jornada siguiente.

Rélegan III sólo tuvo que excusarse.

—Lo siento. Papá me necesita para sus trabajos en sintonías de larga distancia. Podemos hacer el viaje otro día —dijo.

Sabía de antemano que Carmon II estaba dispuesto a no demorar su experiencia y se alegró al oírle decir:

—Me buscaré un sustituto. No importa. Ya volarás otro día —le replicó.

Al iniciarse aquella nueva alba, Carmon II se dispuso a emprender el vuelo.

Desde su hogar, Rélegan II lo tenía todo dispuesto para seguirle de cerca.

—En el momento oportuno —dijo a su madre— conectaré el rayo. Y de la nave no quedará el menor rastro.

En la base, uno de los técnicos comunicó a Carmon que todo estaba dispuesto.

En el puesto de mando, el encargado en persona dio la orden de partida.

—Buen viaje.

Carmon II puso en movimiento el vehículo. Una breve explosión y la elevación instantánea se produjo en una fracción de segundo.

El ayudante de Carmon comprobó los mandos, mientras la nave se elevaba a alturas inverosímiles.

—Las pantallas tienen alguna interferencia —dijo el ayudante, indicando la irregularidad.

—Ajusta bien los mandos. Las naves tipo Omega son experimentales.

En la base, el encargado también se había percatado de la anomalía.

—Es extraño. Estas deficiencias estaban ya superadas.

Koren estaba casualmente en la base y se aproximó.

—Es el hijo de Carmon I, parece que hay dificultades con las pantallas de Omega —dijo el encargado.

— ¿Con las pantallas? Imposible. Es lo primero que se corrigió —replicó Koren.

—Mira tú mismo.

Koren observó. Pulsó algunos mandos y murmuró:

—Esto no es normal. Las pantallas están controladas. Habla con Carmon. En seguida.

Carmon había tomado los mandos. El viaje le parecía maravilloso. Todo funcionaba perfectamente, aunque le fuera imposible conectar visualmente con la base.

—Será una nave perfecta —decía en aquellos instantes—. Podremos volar a otros planetas... Fíjate. Un suave tacto permite tomar la dirección elegida. Tiene una velocidad que no conoce límites. Y puede volar en todas direcciones, con un cambio de ritmo instantáneo.

Desde su casa, Rélegan II, en unión de su hijo, observaban también el vuelo de la nave.

— ¿Cuándo conectarás el rayo; papá? —preguntó Rélegan III.

—Se acercan al punto óptimo. Un poco más y quedarán totalmente desintegrados. Sólo un punto más.

En la base, el encargado maniobraba con las palancas.

—Es inútil. No hay forma de graduar la visión y ya estamos a punto de perderla totalmente.

Koren se puso al micro para dar instrucciones.

—Carmon II. Escúchame. Aquí base. Escúchame atentamente... Esto no es normal. ¿Me oyes?

No llegó la respuesta.

En aquellos instantes, el ayudante de Carmon comprobaba los receptores.

—Casi no se oye la voz.

—Será un asunto de los receptores. No hay cuidado. Aquí todo responde perfectamente. Vamos a darle un punto más de alejamiento.

Y en su casa, Rélegan II murmuraba:

—Un punto. Sólo me falta un punto para pulsar la palanca y todo habrá concluido...

CAPITULO V

—Un punto —repitió Carmon II.

El ayudante del aparato tenía la mano en la palanca.

—Sí, Carmon. Tienes razón. Este es un vuelo maravilloso.

— ¡Atención, *Omega 30027,* atención!

La voz de Koren sonó unos instantes a través del transmisor.

— ¡Un momento! Parece que tratan de comunicar con nosotros —dijo Carmon.

El piloto tomó la palanca para alejarse un punto más. ¡El punto fatídico!

— ¡Ahora! —exclamó Rélegan III—. Están completamente aislados. Nadie va a saber lo ocurrido.

— ¡No te oigo, Base! —exclamó Carmon.

En su casa Rélegan pulsó una palanca.

—Baja algo más —ordenó Carmon a su ayudante—. Trataremos de escuchar.

El ayudante obedeció instantáneamente.

En el mismo momento una nube roja, que se difuminó rápidamente, hizo tambalearse el aparato y la comunicación quedó momentáneamente interrumpida.

— ¿Qué ha sido esto? —inquirió el ayudante.

Carmon observó las pantallas de control.

—Gas. Una explosión de gas. Debemos informar rápidamente. Baja otro punto.

Y mientras el ayudante de Carmon hacía descender el aparato, Rélegan II maldecía su inoportunidad.

—El impacto casi le ha rozado...

— ¡Inténtalo otra vez, padre! —exclamó Rélegan III.

—Ahora es demasiado arriesgado. Se darían cuenta…

—Pero no podrán demostrar que ha sido un impacto dirigido —insistió el hijo.

—Tal vez tengas razón.

Rélegan se dispuso a bombardear el aparato de Carmon que en estos momentos intentaba inútilmente conectar con la base.

—Más bajo, más bajo. Aquí sucede algo anómalo —decía Carmon a su ayudante, y él mismo, personalmente, tomó los mandos.

En el mismo momento, Rélegan pulsaba de nuevo la palanca intentando alcanzar a la pequeña nave, pero el continuo y rápido movimiento de ésta, le permitía esquivar lo que hubiesen resultado impactos mortales.

—Se ha cortado la comunicación, Carmon. Parece que tenemos una interferencia —anunciaba el piloto.

En la pequeña computadora de la nave, Carmon había observado el peligro.

—Gases. Gases espaciales. Tenemos que regresar. La nave no está preparada.

El bombardeo seguía, pero el continuo movimiento del vehículo espacial, con su velocidad a tope, era imposible de alcanzar.

Rélegan soltó la palanca.

—He fallado. Tendremos que buscar otro sistema…

En aquel instante, Carmon tomaba contacto con el suelo después de haberse librado de una muerte segura.

* * *

—Rayos de gas —repitió Rélegan III ante Koren, cuya visita había recibido aquel mismo día.

—Sí —repitió su visitante—. Rayos de gas. Su velocidad ha quedado impresa en la computadora. Por eso he querido hablar contigo. Tú eres técnico en la materia... Has incrementado la potencia de nuestros rayos y quiero que estudies su procedencia. Acudo a ti porque me pareces el más indicado.

—Yo no entiendo de rayos espaciales —murmuró Rélegan.

—No pueden ser rayos espaciales. Todo ha quedado anotado en la computadora.

—Entonces, ¿de dónde crees que proceden esos rayos? —preguntó Rélegan, tratando de indagar hasta dónde se podía sospechar de un ataque.

—No lo sé. Pero su naturaleza es parecida a la de los nuestros. Te he traído el esquema de lo que ha quedado reflejado en la computadora. Quiero que lo estudies y me des tu opinión.

—De acuerdo. Haré lo que pueda —aseguró Rélegan III, que sobradamente conocía la procedencia de aquellos rayos gaseosos que él mismo había manipulado.

* * *

— ¿Un ataque? —la pregunta la formuló Carmon I, a su amigo y colaborador.

—Sí, es una leve sospecha. Pero esa clase de gases dirigidos no existen en el espacio —aseguró Koren.

— ¿Y quién puede atacarnos?

—No lo sé. Por eso he confiado la misión de averiguarlo a Corban.

— ¿Corban?

—No sé si te hablé de él. Es un ente extraordinario. Ha mejorado muchos de nuestros procedimientos. Es un genio, en cuestión de rayos... Y También en tabiques laminados. Ha conseguido un incremento en la resistencia... En todos los aspectos ha destacado

notablemente.

— ¿Corban? —Carmon I tardó en recordar el nombre—. Es extraño. No me resulta familiar. Debería conocer a todos los primitivos, por lo menos.

Koren se lo describió.

— ¿Rayos? ¿Has dicho rayos?

—Sí. Y canales, tabiques, controles a distancia, receptores, torres de recepción, y naves... Lo ha tocado todo, y con éxito. Bueno... Su hija se ha emparejado con tu hijo. Eso sí debes saberlo...

—Sí, sí...Pero ignoraba las aficiones de Corban...

— ¿Qué te pasa?

—Nada. Es sólo..., sólo un presentimiento.

—No te comprendo.

—Vigila a ese Corban... Se ha interesado por demasiadas cosas. Y no es muy conocido, por lo que se ve.

—Parece bastante modesto —replicó Koren.

— ¿Tú crees que es sólo modestia?

La respuesta quedó en el aire, y Carmon acabó pidiendo a su buen amigo y colaborador que cuidara de realizar una investigación a fondo.

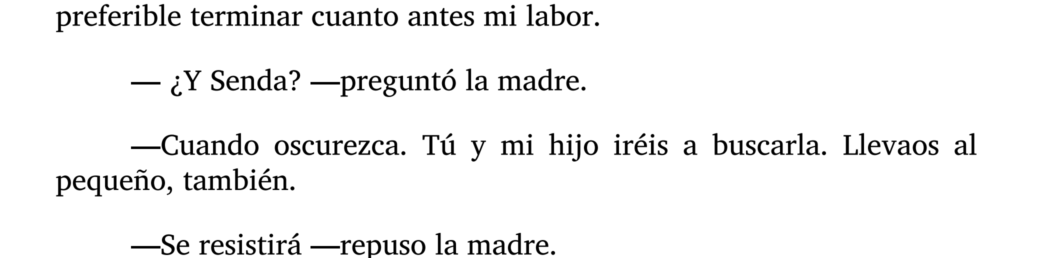
—Yo voy a ausentarme.

— ¿Puedo saber adónde vas?

—Tengo que concentrarme, Koren. Me gustaría ir al Templo y estar a solas. Nadie se acuerda del Ser, al que debemos lo que somos...

* * *

—Empiezan a sospechar —dedujo Rélegan III—. Creo que será



preferible terminar cuanto antes mi labor.

— ¿Y Senda? —preguntó la madre.

—Cuando oscurezca. Tú y mi hijo iréis a buscarla. Llevaos al pequeño, también.

—Se resistirá —repuso la madre.

—Ahora ya no importa lo que ocurra. Si Carmon II está en la casa y opone resistencia, libraos de él como sea. Yo, entretanto, dispondré de la nave. Sólo me faltan unos toques para tenerla dispuesta.

—Está bien. Te traeremos a Senda —aseguró la madre.

* * *

Anochecía ya cuando Carmon I se hallaba en el templo gracias a la rapidez de su bólido interterreno. En un lapso muy breve de tiempo le fue fácil desplazarse y encontrarse ante la paz de unas ruinas totalmente olvidadas.

—Temo que nuestro poblado ha avanzado demasiado, olvidándose de nuestro gran pecado. Temo por los míos y por eso estoy aquí.

La voz del Ser resonó entre los derruidos muros del templo.

—La maldad se ha concentrado en quienes sólo viven para la venganza. Salva a los tuyos. Huye de lo que ya no tiene remedio. La libertad que os di no ha sido bien empleada por todos.

— ¡Corban! —exclamó Carmon I—. ¿Es él, verdad? Tengo esta sospecha...

Pero ya la voz del Ser no replicó.

Carmon I sólo pensó en salvar a los suyos. Pero temió que fuera ya demasiado tarde.

CAPITULO VI

Rélegan III y su madre estaban ya en el hogar de Carmon.

No tenían necesidad de dar ninguna excusa para entrar allí. La cordialidad de Carmon II, heredero de las virtudes de su padre, era su mejor garantía.

Fue, sin embargo, Senda, quien los recibió.

—Es raro que piséis este hogar. ¿Qué os trae por aquí? —inquirió ella.

En alguna parte, el mayor de la nueva familia se hallaba jugando.

— ¿Dónde está Carmon? —preguntó rápidamente su hermano.

—En su laboratorio, trabajando —repuso ella.

—Iré a verle —sonrió Rélegan III.

— ¿Para qué? Espera que yo le avise.

—Es algo personal.

Senda titubeó, pero intervino su abuela.

—Deberías recoger tus cosas y al chico...

— ¿Para qué? —preguntó ella, con un átomo de sospecha.

—Tu padre lo ha dispuesto así.

—Entonces, es…, es que ha llegado el momento, ¿verdad?

—Anda, no discutamos y ven. Date prisa.

— ¡No! —Se volvió, y al darse cuenta de que su hermano se había introducido ya en las estancias particulares de Carmon, gritó—: ¡Vuelve aquí! —y corrió tras él.

— ¡Senda! —gritó su madre, y trató de ir hacia el nieto, que en alguna parte hacía oír su voz ignorante de lo que acontecía a su alrededor.

Senda se había precipitado hacia las estancias donde se hallaba ya su hermano.

Carmon se incorporó de la mesa en la que había estado experimentando, y al ver entrar al hermano de su pareja, sonrió.

—No sabía que estabas aquí.

Relegan III sacó inmediatamente el pequeño tubo metálico con la carga de rayos gaseosos.

— ¿Qué significa esto? —inquirió el propietario de la casa

Rélegan iba a disparar sin contemplaciones, pero fue su propia hermana la que se le echó encima, en el momento en que él accionaba el botón.

— ¡Fuera! No intentes cambiar el curso de lo que tiene que suceder —gritó Rélegan III.

— ¡Cuidado, Carmon! ¡Quiere eliminarte…! —exclamó ella.

La pequeña nube roja de gas dirigido había destrozado la mesa entera, en la que momentos antes estaba trabajando Carmon, que, por otra parte, en una rápida asociación de ideas, recordó la nube vista en el espacio cuando se hallaba a bordo de la pequeña nave espacial.

Los dos hermanos forcejeaban. Carmon gritó:

— ¡Vete, Sonia!

Rápidamente, Carmon, aun siendo enemigo de la violencia, saltó sobre su agresor a fin de defender su vida.

Forcejearon los dos, mientras otro rayo letal se escapaba del arma de su oponente.

Parte de la techumbre de la casa quedó difuminada bajo el impacto destructor.

Senda, con un presentimiento, corrió hacia su hijo al que su madre pretendía sacar de casa.

— ¡No, mamá! —gritó ella.

Un golpe certero mandó a Rélegan III por el suelo. Perdió, además, el arma que recogió rápidamente Carmon.

Rélegan, creyendo que iba a utilizarla contra él, se precipitó hacia la salida.

— ¡No! ¡Espera! —gritó Carmon.

Rélegan cogió a su madre y corrió para librarse de lo que creía un ataque. Ambos salieron precipitadamente mientras Carmon les perseguía.

— ¡Esperad!

Su compañera se interpuso.

— ¡Déjalos, Carmon! Ahora, lo más importante es ponerse a salvo. Hay que dar la alarma... Yo no pensé que... ¡Oh...! Es el fin... Van a destruirlo todo...

—Pero ¿qué dices?

—No hay tiempo para explicaciones, Carmon. Lo siento... Papá quiere destruirlo todo... Tenemos que dar la alarma... ¡Corre!

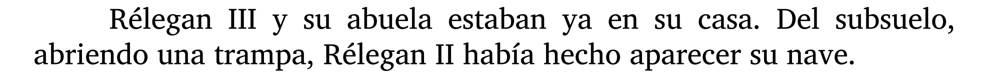
En aquellos instantes, por todos los medios de difusión, la voz de alarma estaba siendo dada a todos los habitantes del planeta.

— ¡Diríjanse a la base! ¡Diríjanse a la base!

Era Carmon I que había regresado y daba la voz de alerta, aún sin saber exactamente cuál era la inminencia del peligro.

Entretanto...

* * *



Rélegan III y su abuela estaban ya en su casa. Del subsuelo, abriendo una trampa, Rélegan II había hecho aparecer su nave.

—De prisa. Están todos alertados. Ha fallado por poco pero no lograrán sobrevivir. Mi plan destructor se llevará igualmente a cabo —aseguró.

— ¡Alguien de nuestra raza se quedará aquí y será destruido! —exclamó la madre.

—Es inevitable. De prisa. Subid a la nave. Todo quedará destruido igualmente... Luego regresaremos... En los canales construí una fortificación; será el nuevo hogar donde empezará la nueva raza.

—Pero no podrá existir una nueva raza... Falta una hembra joven —murmuró Rélegan III.

Entonces, su padre mostró el interior de la nave.

Una muchacha atada y amordazada, con ojos aterrados, estaba mirando a los tres.

—La he secuestrado para ti. Todo el planeta será vuestro... La historia se repite.

— ¿Qué quieres decir con esto, padre?

—Nada, hijo. Ahora no hay tiempo. Sube...

—Escucha... Tú también necesitabas a alguien para que naciéramos Senda y yo...

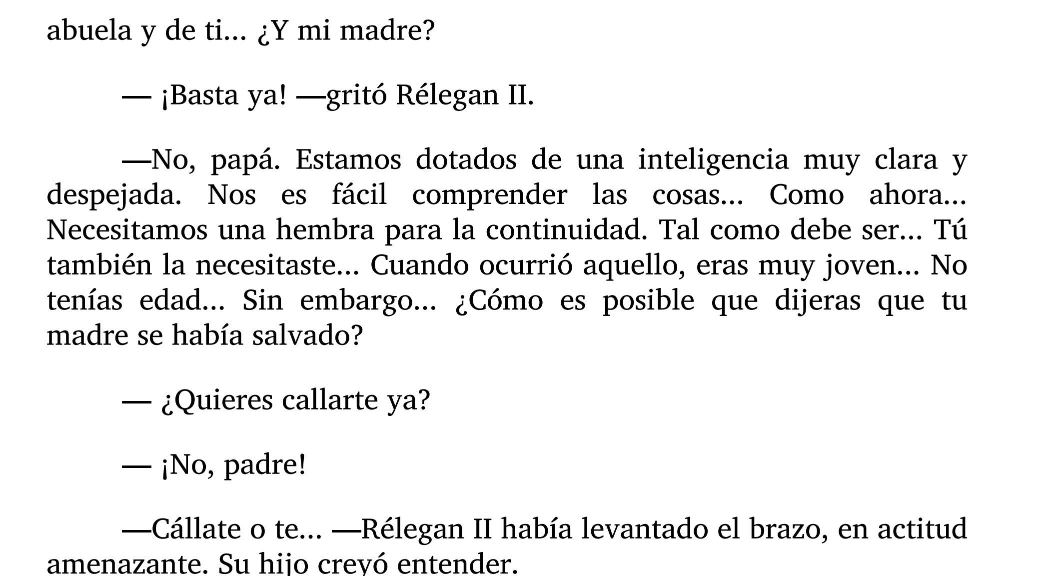
—Tu madre... —murmuró.

—Nunca fuiste muy explícito con respecto a la desaparición de nuestra madre.

La abuela de Rélegan III estaba visiblemente nerviosa.

—No hagas preguntas estúpidas en estos momentos. Ya has oído a tu padre. Tenemos prisa...

—Una vez aniquilaron a los vuestros... Siempre hablas de la



abuela y de ti... ¿Y mi madre?

— ¡Basta ya! —gritó Rélegan II.

—No, papá. Estamos dotados de una inteligencia muy clara y despejada. Nos es fácil comprender las cosas... Como ahora... Necesitamos una hembra para la continuidad. Tal como debe ser... Tú también la necesitaste... Cuando ocurrió aquello, eras muy joven... No tenías edad... Sin embargo... ¿Cómo es posible que dijeras que tu madre se había salvado?

— ¿Quieres callarte ya?

— ¡No, padre!

—Cállate o te... —Rélegan II había levantado el brazo, en actitud amenazante. Su hijo creyó entender.

— ¿...O me eliminarás a mí también? ¿Es eso lo que querías decir, verdad? Está bien. Empiezo a comprender... Tú escogiste a alguien de ellos..., de los que ahora pretendes eliminar. Escogiste a una hembra para que te diera hijos. ¿Y luego qué hiciste con ella? ¿Lo mismo que pretendías hacer con Carmon II? ¡Eliminarlo!

Rélegan II guardó silencio. La abuela se aproximó al nieto para decirle algo, pero éste la apartó de un empujón.

—Mataste a nuestra madre... La mataste, porque ya no te interesaba... ¡Di la verdad!

— ¡Está bien, sí! ¡La maté! Lo que me importaba era la descendencia. Tú sobre todo, hijo... Si algo fallaba en mí, tú continuarías mi venganza... Hice lo justo...

—Pues tendrás que matarme a mí también. Yo no voy contigo, padre. Eres un asesino...

—Escucha, hijo...

— ¡Aparta!

Forcejearon los dos. El joven no quería acompañar a su padre y lo empujó con violencia.

— ¡Está bien! Tú lo has querido... —gritó Rélegan II.

— ¡Asesino! Ahora mismo eres capaz de destruirlo todo,

sabiendo que tu propia hija está aquí... Pero yo la salvaré.

Rélegan se apartó corriendo y su padre subió a la nave.

— ¡No importa! ¡Sube, madre! Nosotros acabaremos con todo. Tú y yo empezamos esto y tú y yo lo continuaremos... —miró a la joven secuestrada y añadió—: Ella me dará descendencia... Es una privilegiada, porque salvará la vida, mientras los demás desaparecerán por efecto de mis rayos. ¡Nada podrá salvarles...!

CAPITULO VII

Las llamadas de socorro habían dado sus frutos. El espacio se había llenado de todos los bólidos disponibles, pero la acción devastadora de Rélegan II se había puesto ya en marcha.

—El rayo correrá ahora por las ondas y destruirá las ciudades satélites.

Con el golpe de palanca, el fluido recorrió las ondas y en unos momentos grandes llamaradas indicaron el fin de otras tantas dependencias que, hasta aquellos instantes, habían sido ocupadas por pacíficos ciudadanos.

De nuevo la mano vengativa de Rélegan II accionó la fatídica palanca.

— ¡El centro va a quedar destruido!

Una nueva llamarada anunció el éxito de aquella sumarísima ejecución.

Y otra vez la mano asesina puso en práctica su plan de destrucción total.

En breves momentos, todo lo que había sido un emporio de grandeza quedaba reducido a la nada.

Los ojos de Rélegan II se volvieron hacia las pantallas de su nave, a través de las cuales podía seguir el vuelo de los que habían conseguido salvarse.

—Ellos también caerán... ¡Nadie quedará con vida! Mis rayos les destruirán a todos, cuando llegue el momento. ¡Soy el más poderoso! —gritó, poseído de una fuerza que creía indestructible.

Carmon viajaba con su familia. Carmon I, su hijo, su compañera Senda y el hijo de ésta.

—Nos destruirá —decía Carmon II—. Pero nos defenderemos. Estas naves también están provistas de rayos... Sé que eres contrario a la violencia, padre, pero ahora se trata de sus vidas o las nuestras.

—Nosotros nunca hemos fabricado armas para aniquilar...

—Les dispersaremos... Estos rayos le impedirán acercarse a los suyos. Es materia defensiva, padre. Y voy a usarla.

Rélegan II había desencadenado la guerra total. No le importaba nada... Y fruto de esta venganza era la destrucción total de aquel habitáculo, con infinidad de seres aniquilados. Entre ellos, uno: su propio hijo, que no había querido secundar a su padre, después de conocer la tremenda verdad de lo que había hecho su progenitor.

Ahora, el vengador se disponía a terminar con todos los bólidos en vuelo.

Pero Carmon II estaba dando instrucciones a todos los pilotos.

—Los que posean rayos que los utilicen, para evitar ser alcanzados. Háganlo inmediatamente. Suelten toda la carga, si quieren sobrevivir.

Y repitió la orden varias veces, hasta que le fue confirmada su recepción.

Personalmente, soltó su carga para que sirviera de escudo a los ataques de Rélegan II.

Senda se aproximó a él, con el rostro aterrado.

—Esto no acabará con tu padre, querida Senda, pero impedirá que él nos mate…

—No me importa lo que a él pueda ocurrirle. Es terrible que deba pensar así… Pero lo que ha hecho es espantoso. Espantoso.

La madre de Carmon II trató de consolar a la joven.

—Quizá nos espera una vida muy dura, hija mía. Tenemos que conservar toda la serenidad.

Rélegan II seguía en su idea destructiva y lanzaba sus armas contra los bólidos.

Algunos de sus rayos lograron traspasar la barrera, y más de un vehículo espacial estalló en el aire.

A cada impacto, Senda tenía que volver el rostro de las pantallas que anunciaban el aniquilamiento, pensando que su padre era el culpable de tanta maldad.

Carmon consiguió que su escudo de rayos fuera invulnerable y fue ganando terreno, hasta alcanzar una galaxia desconocida.

* * *

Era la voz del Ser quien les habló.

No se trataba de un templo. Ni siquiera había ruinas. Era un llano rocoso, en el que los supervivientes habían improvisado unas cuevas donde cobijarse.

—Vuestra especie está condenada a la guerra, por la ambición y la venganza. Sois libres de empezar una nueva vida y de hacer que ésta sea fructífera, larga y encaminada al bien común, pero si os empeñáis en destruiros vosotros mismos, volveré a convertiros en autómatas, en entes sin voluntad. Pensadlo bien todos. Transmitidlo a

vuestra descendencia... Usad de la inteligencia de que estáis dotados, para vuestro propio bienestar. Convertid este habitáculo en un lugar estable, pero os prohíbo que utilicéis vuestros conocimientos para hacer la guerra entre vosotros. Recordad mi amenaza que no vacilaré en cumplir...

CAPITULO VIII

Las épocas primitivas son ya un recuerdo en la mente de aquellos nuevos pioneros.

La paz no ha sido absoluta, porque en los milenios de albas que se han sucedido, han surgido nuevas razas y con ellos, nuevos antagonismos.

Rélegan II tiene descendientes que animan venganza y que se la han tomado en pequeños hechos, en sabotajes, en intromisiones, apoderándose de lo que otros han descubierto.

Rélegan II aún vive en alguna parte, deseando únicamente la destrucción de una raza que ya se ha extendido por todo el planeta.

Carmon I vive también, y su hijo, y los nietos de sus nietos. Son una raza inteligente y pacífica, que ha poblado todo el planeta y ha sobrevivido a pequeñas revoluciones, todas ellas instigadas por el deseo del poder.

La inteligencia ha degenerado. Drogas descubiertas a través de simples investigaciones han contribuido a la degradación de la raza.

Un Carmon, el último, ha promulgado una ley que desautorice el uso de substancias nocivas.

—Nuestro pueblo había sido libre de esclavitudes, y ahora somos nosotros mismos los que, sin advertirlo, nos hemos ido sometiendo al consumo de lo que nos degenera. No existe la verdadera felicidad en los hogares. Somos dependientes de unas necesidades superfluas, muy inferiores a lo que habíamos poseído. Yo, desde esta red de comunicación, me dirijo a todos los ciudadanos de buena voluntad para que se unan en una campaña para librar a la Humanidad de todos estos peligros…

La campaña duró largo tiempo y tuvo su contestación en el líder de una de las más importantes fábricas destinadas a la producción de drogas.

—Lo que propugnan algunos, es privar la libertad de adquirir no sólo aquello que se acepta libremente, sino de los puestos de trabajo de millones de seres que viven gracias a nuestras fábricas…

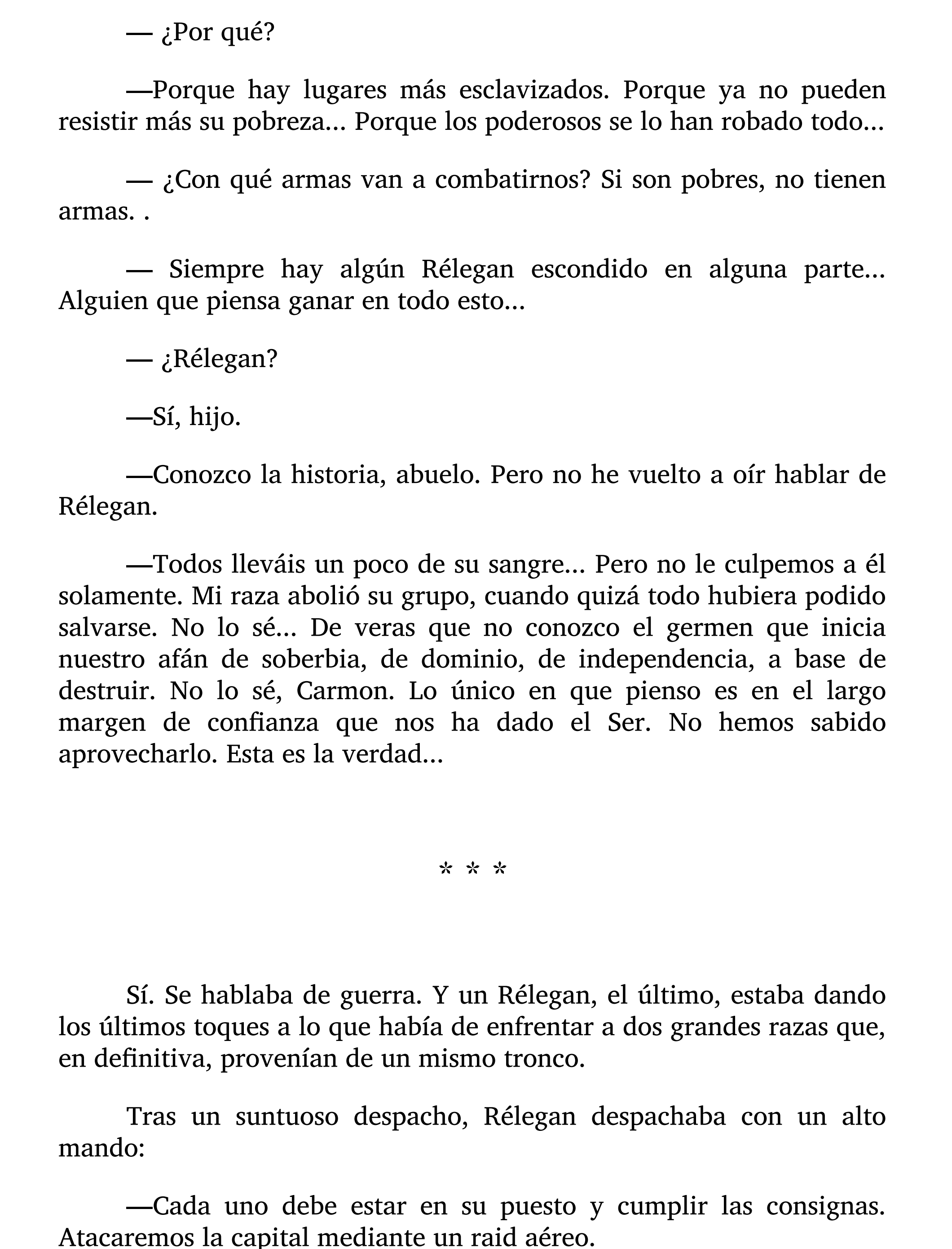
Sí. El trabajo es esencial. Si se suprimía el vicio, las grandes fábricas tendrían que despedir a su gente, porque se había inventado el *precio* de las cosas. Y era necesario *pagar* para adquirirlas. Vivir costaba dinero, y se pagaba por morir, porque la posibilidad de vida por tiempo indefinido había desaparecido.

«Sólo vuestros inventos os destruirán», había dicho el Ser.

—Todo esto es pura demagogia, abuelo. —El último de los Carmon hablaba a menudo con el primero. Con el fundador de la estirpe, con el gran patriarca retirado, y convencido de la inminencia de la destrucción total—. Ellos viven de la droga, del vicio, de las mujeres que explotan para prostituirlas… No les importa, en absoluto, la gente que trabaja para ellos. Les importa el precio que cobran… Si les obligan a cerrar sus fábricas podrían retirarse a vivir tranquilamente donde les apetezca…

—Lo sé, querido, lo sé…

— ¿Dónde hemos llegado? Yo hubiera deseado vivir en tu época. Ahora todo está comprado… Las costas, las orillas de los lagos, los lugares privilegiados… Ya no hay libertad, abuelo. No es posible pasear por un solo sitio sin que no le digan a uno que está pisando la



propiedad de otro... Y se habla de una nueva guerra.

—Posiblemente, una guerra total...

— ¿Por qué?

—Porque hay lugares más esclavizados. Porque ya no pueden resistir más su pobreza... Porque los poderosos se lo han robado todo...

— ¿Con qué armas van a combatirnos? Si son pobres, no tienen armas. .

— Siempre hay algún Rélegan escondido en alguna parte... Alguien que piensa ganar en todo esto...

— ¿Rélegan?

—Sí, hijo.

—Conozco la historia, abuelo. Pero no he vuelto a oír hablar de Rélegan.

—Todos lleváis un poco de su sangre... Pero no le culpemos a él solamente. Mi raza abolió su grupo, cuando quizá todo hubiera podido salvarse. No lo sé... De veras que no conozco el germen que inicia nuestro afán de soberbia, de dominio, de independencia, a base de destruir. No lo sé, Carmon. Lo único en que pienso es en el largo margen de confianza que nos ha dado el Ser. No hemos sabido aprovecharlo. Esta es la verdad...

* * *

Sí. Se hablaba de guerra. Y un Rélegan, el último, estaba dando los últimos toques a lo que había de enfrentar a dos grandes razas que, en definitiva, provenían de un mismo tronco.

Tras un suntuoso despacho, Rélegan despachaba con un alto mando:

—Cada uno debe estar en su puesto y cumplir las consignas. Atacaremos la capital mediante un raid aéreo.

Seis cargas serán suficientes para dejarla completamente

destruida.

— Hay que contar con los radares. Advertirán nuestra presencia —manifestó uno de los jefes.

—Nuestros vehículos espaciales son demasiado rápidos para sus radares. Cuando observen su presencia, los tendrán encima de ellos. Tenemos lo mejor, y lo hemos sabido mantener en secreto. Esto es lo más importante.

— ¿Y después? —inquirió otro de los reunidos.

—Atacaremos, simultáneamente, todas las ciudades de menor importancia y las residencias de los ricos. Esto es algo que me reservo personalmente. Igual que al clan Carmon.

— ¿Carmon? Estos no se meten en nada.

—Es un asunto personal, señores... Ahora todo el mundo a sus puestos. Las naves deben estar continuamente en vuelo para recibir instrucciones. Toda esa zona debe quedar destruida.

Un mapa de gran tamaño, extendido sobre la mesa, estaba partido en dos mitades. Una de las mitades tenía que quedar borrada. El último de los Rélegan apuntó sobre él una vieja pistola de rayos. Un tubo cilíndrico, que dejó escapar un rayo insignificante. La carga de gas difumino exactamente toda la parte a destruir.

CAPITULO IX

El último de los Carmon se hallaba en su hogar al lado de su mujer, examinando unos apuntes.

Carmon era la imagen de su abuelo. Del primitivo. Del primero de los Carmon.

Su esposa, Senda. Era la imagen de aquella que salvó la vida cuando su propio padre destruyó la comunidad.

Se hallaban preocupados los dos.

—Es el fin —dijo él—. Van a declarar la guerra, pero no sabemos cuándo.

— ¿Por qué quieren destruirlo todo? —inquirió ella.

—Quizá porque todos somos culpables, Senda. No hemos hecho lo que debíamos...

—Peto tú no tienes la culpa. Has luchado...

—No era suficiente... Nuestra ciencia ha contribuido a lo que ahora podemos ver.

Puso la red privada de transmisiones. Varias pantallas se iluminaron, mostrando con sus imágenes los puntos de diversión donde casi todos los de aquella parte del planeta acudían.

Lujo, diversiones desenfrenadas, mujeres que se vendían, drogas que se compraban para su rápida ingestión, sonidos, a) ritmo de los cuales las parejas se movían.

Escenas de lascivia. Degeneración y más drogas...

Los locales estaban envueltos en una densa neblina producida por el humo que se consumía.

En una computadora surgían los resultados de los robos ocurridos durante el día.

Una voz metálica contabilizaba las muertes violentas.

—Tres mil personas en las últimas horas de la noche han sido eliminadas por presuntos asaltantes.

Y la voz seguía:

—Mujeres —así se las llamaba ya— atropelladas en número de dos mil desde que amaneció el nuevo día.

Luego la voz hablaba del hambre de regiones sin protección.

—Esto no debería suceder y, sin embargo, sucede, Senda. Por eso temo que el fin está próximo —murmuró Carmon, impotente, cerrando todas las fuentes de comunicación.

* * *

La guerra empezó al alba siguiente.

Los vehículos sobrevolaban la gran ciudad, la mayor del planeta, a una velocidad hasta entonces desconocida.

— ¡Son naves de otro planeta! —gritó el encargado de la detección a distancia.

Pero alguien comprendió, demasiado tarde, que eran vehículos destructores y que, de donde quiera que procediesen, tenían una misión concreta: matar.

Las pequeñas cargas explosivas de gran expansión hicieron rápida mella en los edificios, en las comunicaciones, en las redes de socorro. Todo estaba perdido.

Simultáneamente, los lugares de menos concentración quedaron igualmente arrasados.

Carmon, Senda y sus hijos, habían aprovechado aquella mañana para visitar a su abuelo. Un bólido los llevó hasta su lugar de descanso. Un sitio apartado, ignoto, donde aún era posible respirar a plena Naturaleza.

Ellos carecían de noticias; las supieron apenas llegar.

—Es el fin —dijo.

— ¿Ha... empezado? —inquirió el joven Carmon.

—Sí... Todo está siendo destruido.

— ¿Y nuestra familia?

—Desgraciadamente, estaba mezclada por ahí... Ellos también sucumbieron a las flaquezas. En esta guerra pereceremos todos, Carmon. Es la destrucción total. El Ser lo advirtió, pero nadie le hizo caso. Nadie se acuerda de él... Celebro que estés aquí. Eres el que más ha demostrado su amor para con nuestros semejantes... Primero fue mi hijo, Carmon II. Sucumbió en un vuelo de pruebas para perfeccionar nuestras naves. El hijo de mi hijo le siguió... Luego surgió una generación distinta, unos fueron los pioneros de las drogas, otros sucumbieron queriéndolas combatir...

—Mi padre —murmuró él.

—Sólo quedas tú... Quisiste combatir por medios pacíficos, haciendo un llamamiento a la gente... En fin, ya de nada sirve. Nuestra raza se extermina a sí misma. Es el fin. El castigo del Ser no puede tardar. Lo presiento.

CAPITULO X

La estampa horrenda de un mundo que se consumía entre las llamas incontrolables de rayos concebidos y fabricados por sus moradores, era algo indescriptible.

Las defensas del bando opuesto utilizaban sus armas contra las zonas atacantes.

Los rayos se cruzaban entre sí, buscando sus objetivos.

Las bases que dirigían las armas funcionaban a tope desde los subterráneos blindados.

Vehículos espaciales, especialmente equipados, buscaban esas bases para hundirse en ellas y destruirlas.

Un plano general, visto desde la mayor altura posible, presentaba el inenarrable espectáculo de un planeta autodesintegrándose.

Los Carmon y los Rélegan que quedaban en todo el orbe, intervenían activamente en aquella total destrucción.

— ¡Ahí va uno de nuestros enemigos! —gritó uno de los Rélegan.

Los Carmon se anticiparon antes y le destruyeron.

En otro lugar del espacio tenía lugar una escena a la inversa.

La guerra total seguía en toda su crudeza.

Los Rélegan caían, alcanzados por las mortíferas armas de sus oponentes.

Caían los descendientes de los Carmon. Y caía el planeta entero, víctima de aquella lucha sin tregua.

En la pantalla central de la morada del primero de los Carmon era posible seguir aquellas catastróficas incidencias.

De pronto, la lucha se interrumpió. Las máquinas se detuvieron en vuelo y los rayos que cruzaban los espacios quedaron totalmente paralizados.

La pantalla quedó en blanco pero con plena sintonía, y a través de su altavoz, surgió la voz. Una voz bien conocida por el primero de los Carmon. Una voz que, por primera vez, oía el último de la dinastía.

Era la voz del Ser.

—Lo habéis destruido todo. Sólo quedan seres que, en cuanto se repongan, únicamente pensarán en la venganza. Os lo advertí. Advertí a todos que volveríais a vuestro estado primitivo de seres autómatas. Vosotros lo habéis querido, por no haber hecho uso debidamente de la inteligencia que os fue concedida.

Los Carmon se miraron, impresionados por aquellas palabras irreversibles.

La pantalla funcionó nuevamente como fiel testigo de lo que estaba ocurriendo.

Entre la muerte y desolación que imperaba en el planeta entero, surgían, de entre los escombros, seres mecanizados, sin vida. Seres a quienes faltaba el cerebro conductor que les guiara e indicara cuál debía ser su camino, en lo sucesivo.

Alguien debió decirles que tenían que limpiar lo que ellos mismos, en su estado inteligente, habían hundido y destruido para siempre.

Los seres comenzaron a moverse automáticamente, para trabajar

con mecánica precisión.

— ¿Y nosotros? —preguntó el último de los Carmon.

—Nosotros no somos seres automáticos —corroboró Senda, moviéndose libremente, comprobando que sus articulaciones funcionaban ˆ la perfección. Pensando.

—La respuesta es sencilla. El Ser nos ha librado del automatismo. Es un premio a nuestro comportamiento, y debemos ser dignos de él… —murmuró el viejo Carmon—. Mejor, vosotros. Yo ya tengo muchas albas. Muchos siglos, de acuerdo con la forma de medir el tiempo, en la actualidad. Soy viejo y necesito descansar. Procurad vosotros que el nuevo habitáculo sea mejor.

Algo ocurrió en la pantalla. En un instante, la esfera del planeta pareció esconderse, quedar partida en pequeños fragmentos que luego se agruparon.

En los asientos que ocupaban los Carmon nada sucedía. La tierra permanecía firme. El suelo no sufrió la menor sacudida.

En la pantalla, el planeta se había dividido en dos.

Una parte enorme, rodando sobre sí misma, fue haciéndose visible para mostrar nuevamente una superficie donde los robots seguían una vida totalmente dirigida.

El joven Carmon se incorporó.

—Ahora lo comprendo… Ya no pertenecemos a ese habitáculo.

No. El suyo. El nuevo hogar era otro planeta, elevado a cimas más altas.

— ¡Carmon! —exclamó su esposa—. Se nos ofrece la oportunidad de crear un lugar mejor… No debemos desaprovecharla.

—No, querida… Haremos lo imposible para crear esa verdadera sociedad que nunca ha existido.

Las últimas escenas revelaban la vida de los robots. Quizá habían transcurrido ya muchas albas, o solo un instante. No lo sabían. No les importaba.

Ellos estaban en el espacio. Eran dueños de todo. Estaban solos ante una nueva sociedad que podían fundar.

A lo lejos —a través de la pantalla—, una forma automática con el aspecto avejentado, cansado; se movía entre las ruinas de lo que había sido una civilización fabulosa.

—Es Rélegan… Rélegan II, el vengador —murmuró el viejo patriarca.

Con su automatización terminaba —o parecía terminar— una existencia de odios.

El joven Carmon salió al exterior de la morada. Lucía el sol y calentaba con su tibieza primaveral. Olían las plantas y se percibía la naturaleza en todo su vigor.

A su lado, Senda se dejó entrelazar.

—Es hermoso seguir viviendo… —murmuró y palpó su cuerpo, pensando en la nueva vida que anidaba en su interior.

—Tendremos muchos descendientes, Senda —murmuró Carmon —. Y laboraremos para esa existencia mejor. En el interior de la vivienda, el patriarca Carmon dormía plácidamente.

EPILOGO

En algún lugar del nuevo planeta se alza un monumento que el último de los Carmon levantó. Es un monumento de reverencia al Ser.

—Para que nadie lo olvide, y todos piensen lo hermoso que es

vivir.

La nueva generación pasaba con respeto ante el monumento y meditaba unos instantes.

Carmon, cuando despuntaba el alba, elevaba sus ojos al firmamento y comentaba con ilusión:

—Es hermoso... Cada vez que se abren mis ojos y veo ante mí el maravilloso universo, me pongo a pensar... Siempre es una sensación absolutamente nueva que me lleva a experimentar lo hermosa que es la vida.

Luego se extasiaba, contemplando a través de la cúpula todo lo hermoso que le rodeaba, y fervoroso, murmuraba:

—DOY GRACIAS AL SER.

F I N